

L A E N E I D A

V I R G I L I O

LIBRO PRIMERO.

I.

Canto asunto marcial; al héroe canto
Que, de Troya lanzado, a Italia vino;
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
De Juno rencorosa y del destino;
Que en guerras luego padeció quebranto,
Conquistador en el país latino,
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
Muro a sus armas, y a sus dioses templo.

II.

De allá trajo su ser el trono albano,
Su nombre el pueblo a quien el orbe admira,
Roma de allá su cetro soberano...
Mas tú a mi osado verso, Musa, inspira!
Abre de estos sucesos el arcano;
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que a la errante virtud sigue y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

III.

En frente, aunque a distancia, de la riba
Donde el Tíbre en el mar su onda derrama,

Tiria de origen, opulenta, altiva,
Alzóse la ciudad que Juno ama.
Más que a Sámos la Diosa vengativa
La amó: Cartago la ciudad se llama:
En ella la armadura pavorosa,
El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.

Y ya anhela ÉI Juno y pretendía
Hacer del orbe a esta ciudad señora
Si consintiese el hado. Oído había
Que, corriendo los tiempos, en mal hora
Para alcázares tirios, se alzaría
De troyana raíz, dominadora
Nación potente, en los combates fiera,
Que así lo urdido por las Parcas era.

V.

Eso la Diosa recelaba; y luego
De irritantes recuerdos ocupada,
Ella no olvida que a vengar al Griego
Fue la primera en desnudar la espada:
Del troyano pastor el fallo ciego;
Su ofendida beldad, la raza odíada,
El alto honor a Ganimédes hecho,
Memorias son para afligir su pecho.

VI.

Por eso avienta a términos distantes
Del ítalo confín, a los que a vida
Dejó incendio voraz, salvados antes
Del acero de Aquíles homicida.
Por largos años sobre el ponto errantes,
Cerrando el paso a su virtud sufrida

E1 hado vengador ¿dónde no asoma?
¡Fue empresa colosal fundar a Roma!

VII.

Haciendo nueva tentativa ahora
De la orilla zarpando siliciana,
Ya a la vela se daban; ya la prora
cortando iba veloz la espuma cana.
Mas la llaga cruel que la devora
Guardaba fresca la deidad tirana
En el fondo del alma; y sin testigo
Así comienza a razonar consigo:

VIII.

»¿Y será que vencida retroceda
En la intentada empresa? ¿y que al troyano
Aborrecido príncipe no pueda
Lejos tener del límite italiano?
¿Conque adverso el destino me lo veda?
Pálas un día, del insulto insano
 Tan sólo de Áyax ofendida, airada,
¿No hundió a los Griegos y abrasó su armada?

IX.

»Ella misma del cerco nebuloso
Vibró de Jove la veloz centella,
Y alteró de los mares el reposo
Y dispersó los navegantes; ella
En torbellino súbito, furioso,
Arrebatando al infeliz, lo estrella,
Cuando aun abierto el pecho llameaba,
Contra un agrio peñon, y allí le clava.

X.

»Y yo, que entre los Númenes campeo
 De los Númenes todos soberana;
 Yo, que los altos títulos poseo
 De consorte de Júpiter y hermana,
 Ya tantos años ha que en lid me empleo
 Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!
 ¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno
 Que humilde ofrende en el altar de Juno?»

XI.

Tal medita la Diosa, y sus sollozos
 Ahogando en su furor, a Eolia vuela,
 Región, nublada en lóbregos embozos,
 Región que aborta la hórrida, procela:
 Eolo allí en inmensos calabozos
 Las roncadas tempestades encarcela
 Y los batalladores aquilones,
 Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

XII.

Ellos dentro la hueca pesadumbre
 Ruedan bramando, amenazando estrago;
 Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,
 Resuelve, en aire el comprimido amago,
 Que si aquella legión de servidumbre
 Salir lograra, por el éter vago
 La tierra el mar, el ámbito profundo
 Rauda barrera aniquilando el mundo.

XIII.

El alto Jove recelando eso,
 Al ejército aéreo abrió esta sima,
 Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso

De altísimos collados le echó encima;
 Y un rey impuso al elemento opreso
 Que con tacto severo, ya reprima,
 Ya dé medida libertad. Ahora
 Juno ante él llega, y su favor implora:

XIV.

»Éolo, a quien el Rey de cielo y tierra
 Calmar concede y sublevar los mares,
 Oye: aquel pueblo a quien juré la guerra
 Surca el Tirreno, y sus vencidos lares
 Lleva, y su imperio, a Italia. Desencierra,
 Eolo, tus alados auxiliares,
 Y envíalos con ímpetus violentos
 A romper naves y a esparcir fragmentos.

XV.

»Catorce Ninfas sírvenme doncellas,
 De hermosura dotadas milagrosa;
 La que en encantos sobresale entre ellas,
 Deyopeya gentil, será tu esposa:
 Eternas gozarás sus gracias bellas;
 Yo te la doy, porque de prole hermosa
 Afortunado fundador te haga;
 Y así el favor mi gratitud te paga»

XVI.

Éolo reverente la responde:
 «Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,
 Dí cuanto oculta voluntad esconde,
 Pues son tus voluntades mis deberes.
 De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde
 Mi cetro, mi privanza, mis poderes?
 Tú en las mesas olímpicas me sientas;

Rey por ti soy de rayos y tormentas!»

XVII.

Dice; y la hueca mole con el cuento
 Hierde del cetro, y la voltea a un lado;
 Y al ver el ancha puerta, cada viento
 Quiere salir primero alborotado;
 Y Noto a un tiempo, y Euro, y turbulento,
 Abrego con borrascas, monte y prado
 Corren, barren el suelo, al mar se entregan,
 y ondas abultan que la playa anegan.

XVIII.

Y remueven el ponto, el ponto gime;
 Y silban cuerdas y la gente clama;
 Roba las formas y la luz suprime
 La oscuridad que en torno se derrama;
 Noche tremenda el horizonte oprime;
 El éter cruza intermitente llama;
 Trueno el polo, y suspenso el navegante
 La pompa del terror tiene delante.

XIX.

En este instante de la muerte el hielo
 Siente Enéas que embarga sus sentidos,
 Y entrambas manos extendiendo al cielo,
 Clama con voz ahogada entre gemidos:
 ¡Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,
 Al pie del alto muro, en liza heridos,
 A vista de sus padres espiraron,
 Y allí cual buenos su misión finaron!

XX.

»¡Oh tú entre aquivos héroes el primero,
 Diomédes esforzado! ¿que ímpia suerte
 Me negó bajo el filo de tu acero
 En los campos de Troya hallar la muerte?
 Do al ímpetu de Aquíles Héctor fiero
 Cayó; do el grande Sarpedon; do inerte
 Tanto noble adalid, rota armadura,
 El Símois vuelca en su corriente oscura!»

XXI.

Cállale aquí borrasca bramadora
 Que hosca en las velas da, la onda agiganta;
 Quiébranse remos, tuércese la prora,
 La onda el costado del bajel quebranta:
 Alzase el agua en cimas y a deshora
 Rómpese: quién en vago se levanta;
 Quién la ola henderse ve que lo encadena,
 Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

XXII.

Noto tres buques a su cargo toma
 Y en adustos escollos los estrella
 (Cuya espalda a flor de agua inmensa asoma,
 Y ara el nauta la nombra, y huye de ella).
 Sobre otros tres rugiente se desploma
 Euro (¡escena de horror!), los atropella,
 Y dales, entre puntas destrozados,
 Tumba de arena en los hirvientes vados.

XXIII.

Al bajel que a los Licios aportaba,
 El mismo en que el leal Oróntes iba,
 Súbito hiere en popa una ola brava
 Descargada con ímpetu de arriba.

Enéas el embate viendo estaba
 Que de un vuelco el piloto al mar derriba;
 Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,
 Y el vórtice lo traga, y desaparece.

XXIV.

Vense dispersos que en lo inmenso nadan;
 Maderos y reliquias de combates,
 Y troyanas riquezas sobrenadan.
 De Ilioneo, aunque fuerte, a los embates
 La nave ya, y las de Abas se anonadan,
 Del viejo Alétes y el valiente Acátes;
 Que, hondas las grietas, desligado el brío,
 Abren su seno al elemento impío.

XXV.

En tanto los rumores, los bramidos,
 La inmensa agitación Neptuno siente;
 Siente los hondos sótanos movidos,
 Y alza alarmado la serena frente
 Por cima de las ondas. Esparcidos
 Los buques ve de la troyana gente,
 Por todas partes maltratada y rota,
 Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

XXVI.

Ni ya de Juno se ocultó al hermano,
 Industrioso el rencor que horrores trama;
 Y al punto con acento soberano
 Al Céfiro y al Euro a cuentas llama;
 «¿Y así,» les dice, «os ciega orgullo vano?
 Ya hundís los cielos sin mi venia, y brama
 El agua en cerros que encrespais gigantes;
 ¡Guay!... Mas el mar apacigüemos antes.

XXVII.

¡Huid, vientos! ¡huid avergonzados;
 Ni esperéis de piedad segunda muestra;
 Y a vuestro Rey decidle que los hados
 No el tridente pusieron en su diestra:
 Los reinos de la mar son mis estados!
 Riscos él tiene allá, guarida vuestra;
 Que respetoso a ajenos elementos,
 Reine guardián de encadenados vientos! »

XXVIII.

Dice; nubes disuelve, el sol desnuda,
 Y pone en paz las olas que batallan:
 Cimotoe y Triton de roca aguda
 Los míseros navíos desencallan;
 Con su tridente él mismo les ayuda,
 Las sirtes abre, y cielos y aguas callan;
 Y por cima del mar, que apenas riza,
 En levísimo carro se desliza.

XXIX.

¿Quién vio tal vez con la rabiosa ira
 Que la plebe en motín ruge y revienta?
 Teas, guijarros por el aire tira;
 La fuerza del enojo armas inventa:
 Mas si a un prócer piadoso alzarse mira
 Se contiene, se acalla, escucha atenta;
 Sola esa voz los ánimos ablanda,
 Lleva la paz, y la obediencia manda.

XXX.

Neptuno así de una mirada enfrena
 Del pielago insolente los furores,

Y gira por la atmósfera serena
 Dóciles sus caballos voladores.
 Entre tanto, de la áspera faena
 Cansados los troyanos viadores,
 A las vecinas, líbicas orillas
 Vuelven prudentes las cascadas quillas.

XXXI.

Vese allí en una cómoda ensenada
 Formando puerto, una isla: a sus costados
 Del pielago se rompe la oleada.
 Y rota, entra a morir por ambos lados.
 Guardando opuestos émulos la entrada,
 Dos peñones, remate de collados,
 Torvos se empinan: plácidas, a solas,
 Tiéndense al pie las sombreadas olas.

XXXII.

Luego, al entrar, divisase eminente,
 Del sol quebrando el trémulo destello,
 Hórrido bosque, y negro, y grande; en frente
 Cóncava peña cierra un antro bello.
 Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente
 De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!
 No aquí el cansado esquife ata la amarra;
 No del áncora el garfio el fondo agarra.

XXXIII.

Saca Enéas, en suma, a salvamento
 Siete naves. La gente, que desea
 De la tierra el materno acogimiento,
 Salta al césped que el céfiro recrea,
 Y allí a los miembros húmidos da asiento.
 Acátes hiere el pedernal; chispea;

Hoja menuda allega, adusta, rama,
Y, el fômes atizando, arde la llama.

XXXIV.

Mojados sacan las cansadas manos
El don de Céres y su tren; y aprestan
Piedras allí para moler los granos
Que en seco extienden y que al fuego tuestan.
Sube Enéas a un pico, y los lejanos
Horizontes registra, por si enhiestan
Las popas de Caico allá su arreo,
bien sus velas el bajel de Anteo;

XXXV.

Ó ya a remo avanzando los navíos
Frigios parecen, o el de Cápis. Nada
Por los ecuóreos límites vacíos
Descubre a su esperanza su mirada.
Mas tres ciervos divisa que baldíos
Recorren la ribera la manada,
Al sabroso pacer vagando atenta,
Por acá y por allá los sigue lenta.

XXXVI.

El arco y leves flechas, al instante,
Armas del fiel Acátes, arrebata
Enéas; y a los tres que van delante
Con orgullosa cornamenta, mata;
A tiros luego el escuadrón restante
Entre el frondoso bosque desbarata,
Ni desiste hasta ver de los venados
Siete grandes por tierra derribados.

XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;
 Al puerto vuelve, do el botín divida
 Entre sus tristes compañeros fieles;
 Y con vino, de aquél que a su partida
 De las riberas sículas, toneles
 Bondoso Acéstes les hinchió, convida;
 Y cura consolar los corazones
 El obsequio apoyando con razones:

XXXVIII.

«¡Antiguos, compañeros! sabedores
 Antes de ahora de aventuras tales:
 Ya visteis acabar otros mayores,
 Dios dará fin a los presentes males.
 De Scila atroz escollos ladradores:
 De impios Ciclopes playas funerales:
 ¿Qué no habéis arrostrado? Alzad la frente.
 Y ahogue su pena el corazón valiente!

XXXIX.

»Desgracias de hoy, mañana son memorias
 Que despiertan secretas simpatías:
 Senda de rudas pruebas transitorias
 Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:
 Renacerán nuestras antiguas glorias;
 Sufrid, guardáos para, mejores días!»
 Dice; ríe esperanzas, y hondamente
 Sella el fiero dolor que el alma siente.

XL.

Presta la gente a aderezar la caza
 Pieles arranca, entrañas desaloja;
 Quién la carne, que a miembros apedaza,
 Fija en el asador, tremente y roja;
 Quién da en la orilla a las calderas plaza,

Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja
Cobran tendidos el vigor postrado
Con vino añejo y nutridor bocado.

XLI.

Calla el hambre; y locuaz la fantasía
Recuerda a los ausentes: teme; alienta;
Y ya salvos, ya en la última agonía,
Ya sordos al clamor los representa.
Consigo Enéas, de la suerte impía
Del animoso Oróntes se lamenta,
Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;
Del grande Gias del gran Cloanto.

XLII.

Tarde era va, cuando del alto cielo
Oteando el olímpico monarca,
Tierras y costas, el tendido suelo,
Y el mar de velas erizado, abarca
De una mirada, que con vivo anhelo
Fijó, en fin, en la líbica comarca;
Y, los ojos brillando humedecidos,
Venus así le hablaba con gemidos:

XLIII.

«¡Padre y señor de dioses y mortales;
Rey, cuyo brazo con el rayo aterral!
¡Oh! mira al hado, tras acerbos males,
Cuál a mi Enéas y a los Teucros cierra,
No del país que guarda, los umbrales,
Mas los ángulos todos de la tierra!
Para sufrir contrariedad tan fuerte,
¿Con qué crimen pudieron ofenderte?»

XLIV

»Tú prometiste que de aquí, algún día-
 ¿Lo recuerdas?- de aquí, de la troyana
 Estirpe restaurada, se alzaría
 Reina del mundo la nación romana.
 ¿Qué nuevo plan la ejecución desvía?
 Yo usaba con las dichas del mañana,
 Del ayer y sus ruinas consolarme;
 Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?

XLV.

»No; que se ensaña cada vez más crudo!
 ¿Término a tanto mal darás al cabo,
 Grande y buen rey? Con invisible escudo,
 Del Adria entrando por el golfo bravo,
 Al riñón mismo de Liburnia pudo
 Anténor penetrar, y del Timavo
 Las cabezas venció; de argiva hueste
 Salvado en antes por favor celeste.

XLVI.

»Y en aquella región donde desata,
 Los cerros atronando, mar rugiente
 Por siete bocas su raudal de plata,
 Y los campos inunda en su corriente,
 Allí a Padua fundó: morada grata
 En ella, y patrio nombre dio a su gente,
 Y de Troya las armas; y tranquilo
 Bajó a dormir en sepulcral asilo.

XLVII.

»¿Y a nosotros, tus hijos, a quien silla
 Previenes celestial, se nos traiciona?
 ¿Y anegadas las naves, ¡oh mancilla!

Porque de alguien el odio lo ambiciona,
 Tocar nos vedas la latina orilla?
 ¿Así nos vuelves la imperial corona?
 ¿0 premio es éste de virtudes digno?»
 Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

XLVIII,

Y con la faz la besa con que el cielo
 Serenar suele en tempestad oscura;
 Y «Calma,» dice, «Citerea, el duelo;
 De los tuyos el hado eterno dura.
 Verás alzarse a coronar tu anhelo
 La ciudad de Lavinio: a etérea altura
 Tu heroico Enéas subirás un día,
 Ni nuevo plan la ejecución desvía.

XLIX.

»Él (pues voy a tu pecho, aun mal seguro,
 A revelar recónditos arcanos)
 Él hará guerra larga; el cuello duro
 Domará de los pueblos italianos;
 Dará a los suyos circundante muro,
 Y fundará costumbres. Tres veranos
 Contará de los Rútulos triunfante;
 Y tres inviernos le verán reinante.

L.

»Y su hijo Ascanio, que festivo y tierno
 Con renombre de Yulo se engalana,
 (llo nombróse en el solar paterno
 Cuando alzaba Ilion la frente ufana),
 Treinta años llenará con su gobierno
 Mes a mes; y la sede soberana
 Mudando de Lavinio, hará a Alba Longa

Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

LI.

»De manos de la hectórea dinastía,
No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:
llia, real sacerdotisa, un día
Hijos gemelos parirá de Marte:
Con la piel de la loba que los cría
Ya al mayor miro ufano; baluarte
Alzará eterno, y porque al mundo asombre,
Rómulo a su nación dará su nombre."

LII.

»Y término, ni linde, ni parada
Fijo al poder de Roma: eterno sea!
Juno misma, que alarma exasperada
Cuanto baña la mar y el sol rodea;
Con nuevo acuerdo, a la nación togada
Que al mundo, acerca el hado, señorea,
Vendrá por fin en proteger conmigo;
Y así se cumplirá cual yo lo digo.

LIII.

»Y siglo traerá el tiempo en que cadenas
De la casa de Asáraco a la argiva;
A Ptia vencerá; verá a Micéνας,
Si antes gloriosa, ya a sus pies cautiva.
Tan noble sangre llevará en las venas
Julio- por nombre que de atrás deriva,
César- con gloria que'hasta el cielo alcanza,
Él cuyo imperio sobre el mar se avanza.

LIV.

»Y tú, segura de contrario insulto,

Cargado con despojos de Oriente
 Le cogerás en el Olimpo; y culto
 Le dará el hombre en votos afluyente,
 Y, sosegado el militar tumulto,
 La férrea edad se tornará clemente:
 Fe anciana reinará y amor divino,
 Y en unión fraternal Remo y Quirino.

LV.

»Y por fin con estrechas cerraduras
 Y de hierro cargadas, de la Guerra
 Cegadas quedarán las puertas duras:
 El malvado Furor, que allí se encierra,
 Sentado sobre rotas armaduras,
 Con las manos atrás, que el bronce aferra
 De cien cadenas, lanzará bramidos,
 Los dientes rechinando enrojecidos.»

LVI.

Dice, y al punto del Olimpo envía
 Al alígero dios hijo de Maya,
 Que a allanar a los náufragos la vía
 Y el muro de Cartago a abrirles vaya;
 Pues de Dido recela, que podría
 Alejarlos tal vez de aquella playa
 Si los altos designios ignorase.
 Oyele el nuncio, y por *el* éter vase.

LVII.

Y la pluma batiendo fujitiva
 En la región inmensa, por do hiende,
 Presto a las costas líbicas arriba,
 Y a cumplir el mandato sólo atiende
 Y ya los Penos su rudez nativa,

Por él, remiten; y ante todo enciende
 En Dido un vago y tierno sentimiento,
 Prenda de hospitalario acogimiento.

LVIII.

Enéas, que la noche pasó entera
 Cavilando, aun no bien la luz celeste
 Mira nacer al mundo placentera,
 Ya ansioso sale a ver qué clima es éste
 Do el viento le ha arrojado: si hombre ó fiera
 Habita en él, según le ve de agreste:
 Todo saberlo, averiguarlo intenta,
 Y a los suyos tornar a darles cuenta.

LIX.

La flota deja so el peñón antiguo
 Que las aguas socavan sin estruendo,
 Y de las corvas selvas al abrigo
 Con sombra en torno de negror horrendo
 Sólo a Acátes llevándose consigo,
 Cada cual ancha pica entra blandiendo:
 Ya en medio el bosque, Venus, de sorpresa
 Vestida de espartana se atraviesa.

LX.

Por su aire y armas lo parece; ó nueva
 Harpálice gentil, que de vencida
 A sus caballos en su esfuerzo lleva
 Y al Euro alado en su veloz corrida:
 Cual puesto al hombro a cazadores prueba,
 Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;
 Y deja la rodilla ver desnuda
 Do undosos pliegues lazo breve anuda.

LXI.

«¡Hola! Mancebos,» díceles la Diosa:
 «¿A una de mis hermanas por ventura
 Visto habéis por ahí, que vagarosa
 Lleva aliaba, y pintada vestidura
 De piel de lince? ó que tal vez acosa
 A un jabalí soberbio en la espesura
 Con agudo clamor?» Tal Venus dijo;
 Y de Venus, así respondió el hijo:

LXII.

«En verdad no hemos visto aquella hermana
 Tuya, a quien buscas, ni sabemos de ella.
 Mas ¿cuál te nombraré? nos es cosa humana
 Lo que suena tu voz, tu faz destella.
 ¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Díana?
 Yo diosa te presumo, y fausta estrella,
 Quienquier fueres, mí, labio te saluda:
 ¡Oh! da propicia a náufragos tu ayuda!

LXIII.

»Y por piedad, qué clima es éste, dinos,
 Ó qué zona del mundo, qué campaña;
 Que sin saber ni gentes ni caminos,
 Vamos perdidos en región extraña
 A donde, infortunados peregrinos,
 De olas y vientos nos lanzó la saña,
 Y, grata a recibidos beneficios,
 Mi mano hará en tus aras sacrificios.»

LXIV.

«No merezco ese honor,» Venus contesta:
 «Siempre de Tirias fue, si os maravilla,
 De aljaba ornadas vaguear, cual ésta,

Con borceguí purpúreo a la rodilla.
 Púnico imperio aquí se os manifiesta
 Pueblos fenicios, de Agenor. la villa;
 Empero, esta región parte fronteras
 Con las tribus del Africa altaneras.

LXV.

»De Tiro vino huyendo del hermano,
 La que reina hoy aquí, por nombre Dido.-
 El largo drama a desflorar me allano:-
 Esta tuvo a Siqueo por marido,
 Rico en tierras cual no otro comarcano;
 Con vivo amor de la infeliz querido;
 A quien, bella con gracias virginales,
 La unió el padre en primeros esponsales.

LXVI.

»Su hermano en Tiro entonces dominaba,
 Pigmalion, el más feroz malvado:
 Enemistad entre los dos se traba,
 Y él a Siqueo, ante el altar sagrado,
 Sacrílego y traidor a hierro acaba,
 Y también de codicia estimulado;
 Y a la sencilla enamorada hermana
 Oculta el crimen de su diestra insana.

LXVII.

»Y con ficciones la entretiene en duda,
 Y su amor de esperanzas alimenta;
 Cuando en sueños por fin a la viuda
 De Siqueo insepulto se presenta
 La sombra misma, alzando la faz muda
 Con tétrico misterio macilenta;
 Y el ara le señala enrojecida,

El pecho abierto y la profunda herida.

LXVIII.

»Y el arcano espantoso que contrista
Y un rincón recataba, muestra entero;
Y la excita a buscar con planta lista
Más humano país, clima extranjero:
Para ayuda de viaje, abre a su vista
En sótano ignorado, de dinero
Antiguo y vasto acopio. Conmovida
Dido despierta a apercibir la huida.

LXIX.

»Busca auxiliares; llegan a porfia
Quiénes que temen del cruel tirano,
Quiénes que odían la infame tiranía;
Apañan, cargan de oro las que a mano
Naves dispuestas por ventura habia;
Y ya cruza los campos de Océano
De Pigmalion avaro la riqueza;
Y una débil mujer va a la cabeza

LXX.

»Y aquí al sitio pararon do ahora vese
Muralla colosal; do se levanta
La fortaleza de Cartago: en ese
Sitio compraron tanta tierra cuanta
La piel de un buey en derredor cogiese; -
De Brisa el nombre la aventura canta.-
Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota,
a dónde encaminaba la derrota?»

LXXI.

Enéas respondiéndola, doliente

La voz, arranca, y con suspiro dice:
«¡Diosal si de su origen al presente,
La serie de mis lances infelice
Narro a tu corazón condescendiente,
Primero que mi labio finalice,
-Su luz robando al mundo y su alegría
Habrá su giro completado el día,

LXXII.

»De Troya procedentes (si ya sabes
Lo que fue un tiempo la ciudad que digo),
Tras largas vueltas y fatigas graves
Golpe de airados vientos enemigo
Lanzó sobre estas costas nuestras naves.
Yo soy el pio Enéas, que conmigo
Voy llevando doquier, del mar por medio,
Dioses salvados de voraz asedio.

LXXIII.

»Enéas, en las célicas esferas
Famoso ya; que por el mundo ando
De la Italia por patria, las riberas,
Y el linaje de Júpiter buscando:
Confíe al frigio mar veinte galeras,
El camino mi madre señalando,
Yo su enseñanza celestial siguiendo;
¿Qué hallamos? bravo mar y Euro tremendo.

LXXIV.

»Y he aquí con siete buques mal librados,
Llego al cabo, ignorado, desvalido,
Del África a correr los despoblados,
Ya del Asia y Europa repelido! »...
Mas aquí, con afectos reavivados,

Venus interrumpióle en su gemido:
 «Tú, quiénquier seas, que a Cartago vienes,
 Las simpatías de los Dioses tienes.

LXXV.

»Ellos dan que los hábitos vitales
 Respires para bien: feliz sendero
 De la reina te lleva a los umbrales.
 Vendrán a puerto nave y marinero,
 Vueltos en su favor los vendavales;
 Y si no falta el arte del agüero
 En que hubieron mis padres de instruirme,
 No dudes tú lo que mi labio afirme.

LXXVI.

»Vé esos cisnes, en número de doce,
 Del éter, donde Júpiter la asila,
 A darles caza el águila veloce
 Se lanzó por la atmósfera tranquila:
 De alegre libertad vueltos al goce,
 Míralos descender en larga fila;
 Ya del campo se adueñan los primeros,
 Ya a flor de tierra asoman los postreros.

LXXVII.

»Cual el cielo cubrieron en bandada,
 Y baten ora las festivas aves
 La ala ruidosa, y cantan su llegada;
 Tal la flor de los tuyos, tal tus naves
 O entran al puerto, ó llegan ya a la entrada
 Con vela abierta y céfiros suaves.
 Tú sigue en tanto; y por do aquesta vía
 Conduciéndote va, los pasos guía.»

LXXVIII.

Tal Venus dice; y vuélvese, y el cuello
 Con el matiz le brilla de la rosa;
 Y partiéndose en ondas, el cabello
 Mana esencia de cielo deliciosa:
 Cae la veste a los pies, sublime sello;
 Y, andando, ser mostró de veras diosa
 El héroe, al descubrir su madre en ella,
 Clamando sigue la fugace huella:

LXXIX.

«¿Y así burlado una vez más me dejas,
 ¡Oh madre mía! con falaz semblanza,
 Tú también, tú cruel? ¿Y así te alejas
 Sin que hablemos con dulce confianza
 Ni estrechemos las manos?» Tal sus quejas
 Al aire da, y a la ciudad se avanza,
 Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,
 Los ciñe en torno de nubloso manto.

LXXX.

Y así los cubre porque nadie pueda
 Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,
 Ni curioso se cruce en la vereda
 Con sus, preguntas a tejer demora;
 Y por los aires se remonta, y leda
 Vuela al templo de Páfos, donde mora,
 Do aras ciento en su honor mezclan olores
 De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

LXXXI.

Ellos con planta intríneanse ligera
 Por do advierte la senda, y la colina
 Coronan ya, que a la ciudad fronterd,

De lleno allá sus cúpulas domina.
 Enéas con asombro considera
 La fábrica estupenda y peregrina
 Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,
 Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso,

LXXXII.

No descansan los Tirlos: ó se empleen
 En alzar el alcázar y dirijan
 El giro a la muralla, y acarreen
 Gruesos cantos a empuje; ó puesto elijan
 Para casa, y con zanja le rodeen:
 Sobre traza soberbia sitio fijan
 Propio al legislador, al magistrado,
 Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.

Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;
 Quiénes, para un teatro, anchos solados
 Extienden, y columnas prodigiosas
 Cortan, adorno a escénicos tablados.
 Tales, en suma suelen oficiosas
 Ir las abejas por floridos prados
 Cuando sacan al sol adultas crias
 De estacion bella en los primeros días;

LXXXIV.

Tales la miel fabrican rica; y llena
 Las celdillas al cabo el néctar blando
 Y ya salen de paz, la carga ajena
 A recibir ufanas; ya cerrando
 En trabado escuadron, de la colmena
 Los zánganos alejan, torpe bando:
 Con afán vario la labor se enciende,

Y a tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.

«¡Qué gran dicha a unos hombres se depara
Que alzarse ven el suspirado muro!»
Dice Enéas a tiempo que repara
En las altas techumbres; y seguro,
Gracias, ¡oh maravilla! a que la ampara
Contino en derredor celaje oscuro,
Entra por la ciudad con paso listo;
Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.

Antiguo bosque de frescor ameno
Había en medio a la imperial Cartago:
Lanzados ya los Tirios a su seno
De ondas y vientos por furioso amago,
Hallaron en las capas del terreno
De un corcel la cabeza, don presago
Que allí Juno les puso de victoria,
Prenda de salvación, señal de gloria.

LXXXVII.

Grata la Reina a auxilios singulares,
Alzaba allí a la Diosa un templo extenso,
Que a la vez ilustraba sus altares
Con favor sacro y con devoto incienso:
Escalonado el atrio entre pilares
Y trabes bronceadas, daba ascenso
A la alta puerta de metal bruñido
Que el quicio oprime, y gira con ruido.

LXXXVIII.

En este bosque el héroe al pecho laso

Halló aliento, a sus penas lenitivo,
 Y alta lección de que en adverso caso
 Hay siempre de esperanza algún motivo;
 Pues, ya en el templo suntuoso, al paso
 Que todo lo registra pensativo,
 Y aguardando a la Reina, allá en su mente
 Mide el poder de la ciudad naciente;

LXXXIX.

Mientras nota a un plan mismo convertidas
 Manos de artistas y el primor del arte,
 Por órden halla en cuadros repartidas
 Leyendas de Ilión, lances de Marte,
 Que al orbe ocupan ya. Ve a los Atridas,
 Ve a Príamo, e igual a cada parte
 Aquíles en los rayos de su ira;
 Párase aquí, y con lágrimas suspira.

XC.

«¡Acátes! ¿qué región, de nuestra fama
 No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llena?
 Mira a Príam: aquí la gloria llama
 Al que allá injusta adversidad condena:
 El sentimiento aquí llantos derrama,
 Y aquí se siente en la desgracia ajena!
 Animo, pues; nuestro renombre claro
 Presta esperanzas de feliz reparo.»

XCI.

Dice, y con mil recuerdos embebece
 En la inerte pintura los sentidos,
 Y mudo llanto el rostro le humedece;
 Que en ella, muro afuera, en lid tejidos,
 Ya la troyana juventud parece,

Que a los Griegos acosa espavoridos;
 Ya a los Frigios, Aquíles, que bizarro
 Con plumaje gentil vuela en su carro.

XCII.

Reconoce con lágrimas, tras eso,
 Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,
 Que Diomédes taló, vendido Reso
 Del primer sueño en el regazo aleve:
 Allí el cruel en sanguinario exceso
 Huelga; y medroso de que alguno pruebe
 Pastos de Troya ó en el Janto beba,
 Los caballos indómitos se lleva.

XCIII.

Tróilo en pos viene: juvenil locura
 Ha hecho que fuerzas inferiores mida
 Con Aquíles: perdida la armadura,
 Derribado de espaldas, de la brida
 Traba, que al vacuo carro le asegura:
 Tiran los potros en veloz corrida;
 Arrastra el cuello y cabellera suelta,
 Y el polvo fácil marca el asta vuelta.

XCIV.

Más allá al templo de Minerva, en tanto,
 Teucras matronas a ofrecerle llegan,
 Por vencer su rigor, un regio manto:
 El tendido cabello al aire entregan;
 Hieren el seno en muestra de quebranto
 Las palmas; los humildes ojos ruegan:
 Sorda la Diosa a la oración prolija,
 Torvas miradas en el suelo fija.

XCIV.

Enéas adelante a Aquiles halla
 Volviendo, a trueco de oro, el insepulto
 Cadáver que en redor de la muralla
 Tres veces arrastró con fiero insulto:
 Hondo gemido de su pecho estalla
 El muerto amigo viendo allí de bulto
 Y el carro vencedor y los despojos,
 E inerme suplicando el Rey de hinojos.

XCVI.

Él mismo en noble puesto allá campea
 Par del negro Memnon, que con su banda
 De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea
 Las huestes amazónicas comanda
 De corvo escudo: el cingulo rodea
 Aureo so el pecho descubierto; y anda
 Furiosa entre los gruesos escuadrones,
 Y hembra y todo, armas hace con varones.

XCVII.

Mientras con viva admiración encuentra
 Tales cuadros el héroe, y cada asunto
 Le detiene, y la vista reconcentra
 Luego y la admiración toda en un punto;
 Dido, la hermosa Dido al templo entra,
 La cual doquiera penetrando, junto
 Con damas de copiosa comitiva,
 La labor colosal risueña activa.

XCVIII.

Tal del Eurótas por la vega umbría
 Ó ya del Cinto por el halda amena,
 Gentil Díana leves coros guía

la aliaba pendiente al hombro suena
 Ninfas en torno ágrúpanse a porfía,
 Y a todas ella en majestad serena
 Se aventaja al andar: delicia vaga
 El seno de Latona oculta halaga.

XCIX.

Ya a las puertas la Reina se presenta
 De do la Diosa estableció morada,
 Y en el trono magnífico se asienta
 Que el ámbito promedía de la arcada:
 Rodéanla sus guardías: ello, atenta,
 En dar la ley y hacer la paz se agrada;
 Y ya a cada uno igual la carga mide,
 Ya, echando suertes, la labor divide.

C.

Mas entre inmensa multitud, que en esto
 Ansiosa al paso acude, al templo santo
 Ha columbrado Eneas que Sergesto
 Y Anteo viene, con el gran Cloanto,
 Y otros que oscuro el Ábrego interpuesto,
 Lanzó a playas distintas. Con espanto
 Entremezclado de alborozo vivo,
 Ven los dos del embozo el fausto arribo.

CI.

Y aunque las manos estrechar anhelan.
 Mas lo raro del caso los detiene,
 Y en la cóncava nube se cautelan,
 Do a los que llegan atender conviene,
 Que dó surgieron digan, ó qué, apelan,
 Pues embajada forman en que viene
 De cada nave un noble personaje,

Y audiencia al palo claman y hospedaje.

CII.

Como entraron, y el real asentimiento
Logrado hubieron de que alguno hable,
«¡Salve, oh Reinal!» empezó con grave acento
Ilioneo, entre todos venerable:
«Tú, a quien fundar concede ilustre asiento
Jove, y justa regir gente intratable,
Hijos de Troya ves, ya há largos años
Agitados en pielagos extraños.

CIII.

»Hoy de incendio amenaza gente osada
Nuestros bajeles: tu poder lo impida!
De un pueblo religioso te apiada
Que con su historia tu amistad convida!
No a hacer risa venimos por la espada
En comarca a tu imperio sometida,
No a la costa a volver con rica presa;
Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

CIV.

»Hay de antiguo un país, con apellido
De Hespería por los Griegos señalado,
Pueblo en trances de guerra asaz temido,
Tierra asaz grata a la labor de arado:
Fue primero de Enotrios poseído;
Y hora Italia se nombra, por dictado
De famoso caudillo procedente,
Si ya constante tradición no miente.

CV.

»Bogaban para allá nuestros navíos

Cuando Orion, que cóleras desata,
 Surge infausto del mar, y entre bajos
 Con subitáneo golpe nos maltrata;
 Y servido a placer de austros impíos,
 Entre espuma y fragor nos arrebató
 Por todo el mar. Muy pocos, cuasi a nado
 Hemos a tus costas arribado.

CVI.

»Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?
 ¿No rige ley que su barbarie elida?
 Que aún no bien nos divisa, a lid dispuesta,
 Conjúrase a estorbarnos la acogida
 Que a náufrago infeliz la arena presta.
 Oh! si a hombre no temeis que cuenta os pida,
 Que hay Dioses recordad que nunca mueren,
 Y premian la virtud y al crimen hieren!

CVII.

»Rey nuestro fue, de príncipes modelo,
 Enéas, que otro igual no vio la tierra,
 Quier en la paz por su piadoso celo,
 Quier por su brazo poderoso en guerra.
 Que si aun aura vital le otorga el Cielo,
 Si hado adusto en tinieblas no le encierra,
 Acabóse el temor, y a ti en agrado
 Vendrá, fio, el favor anticipado,.

CVIII.

»Mas oye: en la poblada, en la guerrera
 Comarca siciliana poseemos
 De Acéstes el favor, que en ella impera,
 Y troyana es su sangre. Que arrimemos
 Nuestros restos, consiente, a la ribera,

Y en tus bosques cortar tablaje y remos,
Y a Italia iremos, nuestro Rey al frente,
Si salva el hado vuelve nuestra gente.

CIX.

»Mas si ya feneció nuestra ventura;
Si ya, ¡oh amado Rey de los Troyanos!
Te dan líbicas olas sepultura,
Ni a Ascanlo logran nuestros votos vanos;
Buscaremos siquier mansión segura
Navegando a los términos sicanos,
De do ya nuestra flota el vuelo alzara,
Que allí Acéstes bondoso nos ampara.»

CX.

Dice, y todos barbotan de consumo
Oscura frase que el asenso explica;
Y con modestia y dignidad en uno
La culta Reina al orador replica:
«¡Troyanos! desterrad el que importuna
Vago recelo el alma os mortifica:
Mis fronteras guardar por fuerza debo;
Dura es mi situación, y el reino es nuevo.,

CXI.

»Mas ¿quién no sabe a Troya y sus varones?
No de tantas virtudes el tesoro,
Los nombres de tan nobles campeones,
Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:
No solemos los Penos corazones
Tan incultos llevar; ni al carro do oro
Sus caballos el Sol tan lejos ata
De una ciudad que, vuestra gloria acata.

CXII.

»Quier vuestro anhelo la región prefiera
 De Hesperia, y campos que Saturno escuda.
 Quier la de Érice os llame lisonjera,
 A do el favor de Acéstes os acuda;
 Doquiera ir presumais, ireis doquiera
 Seguros con mi amparo y con mi ayuda.
 ¿O hacer mansión conmigo os acomoda?
 Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

CXIII.

»Meted la fiota: un mismo tratamiento,
 Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro,
 Y ¡oh si arribase con el propio viento
 El héroe que nombró vuestro suspiro!
 Pues yo daré a emisarios mandamiento
 Que exploren la comarca en largo giro,
 Por si, náufrago Enéas, rnuève acaso,
 O en el poblado, incierto el paso.

CXIV.

De la arenga tocados, rato habia
 Los de la nube ansiaban salir fuera;
 Y, a Enéas vuelto, Acátel le decía:
 «Falta el que hundirse viste en la onda fiera,
 Cúmplese en lo demas la profecía,
 Hijo de Venus, que tu madre hiciera:
 ¿Qué aguardas?» Suelta en esto se evapora
 La opaca nube en la aura brilladora.

CXV.

Y el héroe apareció, de luz cercado,
 A un Dios en aire y en miembros semejante;
 Pues le había su madre aderezado,

La copia de cabellos arrogante;
 Bañó sus ojos de inefable agrado,
 Y dio luz rósea al juvenil semblante,
 Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario
 Ó argento engasta en oro el lapidario.

CXVI.

«Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!»
 Dice; y a Dido se convierte luego:
 «Tú, sensible mujer, dichosa seas,
 Sensible a nuestra historia, a nuestro ruego;
 Que reino y casa a náufragos franqueas,
 De la espada reliquias y del fuego,
 Juguetes de la mar, de la fortuna,
 Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

CXVII.

»Señora, a tu largueza, a tu hidalguía
 Corresponder nosotros mal podremos,
 Ni cuantos restos de la patria mía
 Errantes van del orbe en los extremos.
 Mas si hay Dioses que ven con simpatía
 La virtud; si aún justicia conocemos;
 Si el tribunal de la conciencia es algo,
 El Cielo premiará tu porte hidalgo!

CXVIII.

»¡Oh feliz hora en que la luz primera
 Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!
 Mientras amen del monte la ladera
 Las sombras; mientras corran bramadores
 Los ríos a la mar; mientras la esfera
 Alimente sus trémulos fulgores,
 Durará tu alabanza y tu memoria:

Doquier yo aliente, vivirá tu gloria.»

CXIX.

Dice; y adelantándose del puesto
 Las manos da regocijado: en tanto
 Que una ofrece a Ilioneo, otra a Seresto,
 Y al gran Gias, de ahí, y al gran Cloanto,
 Y a todos a la vez. Dido de presto,
 Enmudeció de admiración y encanto:
 Al presentarse el héroe, con su brillo;
 Luego, al abrir los labios, con oïllo.

CXX.

Recobrada, expresó razones tales:
 «¡Oh! ¿qué impía mano perseguirte osa
 Al traves de contrarios temporales?
 ¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,
 A estas playas te impele inhospitales?
 ¿No eres tú a quien de Anquíses Cipria hermosa,
 Del frigio Símois en el valle ameno,
 Concibió grata en su amoroso seno?»

CXXI.

»Recuerdo a Teucro, que en Sidon venido,
 Trocaba con destierro el patrio clima,
 Ya de mi padre Belo protegido,
 Que imperaba triunfante en Chipre opima.
 Troya y Grecia de entonces en mi oïdo
 Sonaron con tu nombre. En alta estima
 El tenía a los tuyos, si contrario,
 Y aun de Troya alabóse originario.

CXXII.

»¡Mas venid luego a mi real morada,

Mancebos! Cual vosotros combatida
 De ruda suerte y varia, al fin cansada,
 Donde agora os la doy, logré acogida
 De mis propias desgracias enseñada
 Miro por los que sufren condolida.»
 Dice; y honrando a la Piedad divina,
 Con el héroe a palacio se encamina.

CXXXIII.

Y pródigo tendiendo el pensamiento,
 A los que quedan en la playa; envía
 Veinte toros allá, por bastimento,
 Cien gruesos cuerpos de cerdosa cría,
 Y cien ovejas y corderos ciento;
 Y el don de alegre Dios, por granjería;
 En tanto que el palacio se adereza
 Con vario alarde de imperial riqueza.

CXXXIV.

Ya en el seno interior del edificio
 Previénese el opíparo convite:
 Lucen vestes, do el clásico artificio
 Con, la soberbia púrpura compite;
 Brilla de plata sólido servicio,
 Y copas de oro, do el buril repite,
 Desde era inmemorial las patrias glorias,
 Y los Reyes en serie, y sus historias.

CXXXV.

En este medio Enéas (no tolera
 Amor, pecho de padre sosegado)
 A Acates manda que en veloz carrera
 Lleve a Ascanio el obsequio, y a su lado
 Venga Ascanio;- que Ascanio cobra entera.

La ternura del padre y su cuidado.-
Y traiga cuanta rica prenda y joya
A los escombros se arrancó de Troya.

CXXVI.

Acuérdale la veste de oro llena,
Con sólidas figuras y labores,
Y el rico velo de la argíva Elena
Que de amarillo acanto esmaltan flores;
El mismo que ella, de rubor ajena,
Volando en pos de ilícitos amores,
Don de Leda su madre peregrino,
Trujo de Grecia cuando a Troya vino.

CXXVII.

Reliquias con que a par venir dispone
El noble cetro que regir solía,
Hija mayor de Príamo, Ilione,
Y el collar de menuda pedrería,
Y el diádemá do el oro se compone
Con finas perlas en igual porfía.
Acátes, que cumplir el cargo anhela
Camino de las naves corre, vuela.

CXXVIII.

Nuevas trazas en tanto Citerea,
Nueva industria medita: que Cupido
Tome de Ascanio la figura, idea,
Y que, atenta al obsequio, obsequie a Dido;
Con que tocada de un incendio sea
Que el corazón le invada inadvertido;
Ca ese mixto hospedaje bajo un techo
Teme, y dos amistades en un pecho.

CXXIX.

Y, a su idea presente sin desvío
 Juno cruel que la robara el sueño,
 «Tú a quien debo mi fuerza y señorío,»
 Dice, humilde apelando a Amor risueno:
 «Tú, el único que ves, dulce hijo mío,
 Libre y seguro de mi Padre el ceño
 Que de Titanes quebrantó el arrojó!
 Merced vengo a pedir, y a tí me acojo.

CXXX.

»Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;
 Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,
 De todo viento en todo mar barrido;
 Que aun de él conmigo hermano te doliste:
 Huésped agora la sidonia Dido
 Con regio halago liberal le asiste;
 Mas temo que a inclinarse en contra emplea,
 Hospedaje que a Juno a par se ofrece.

CXXXI.

»Que no su odiosidad terná arrendada
 En tan ardua ocasion. Y así primero
 Poner de Dido al corazón celada
 Y de mi llama rodealle quiero;
 Porque otra inspiracion no la disuada,
 Y, con afecto al cabo verdadero
 Asida a Enéas, de mi lado quede:
 Oye cuál finjo que lograrse puede.

CXXXII.

«El infante real la voz de Enéas
 Va a seguir, y de Acátés las pisadas,

A Cartago llevando las preseas
 De Troya, al fuego y a la mar ganadas.
 Porque él nada presume, y de él no seas
 Turbado de la Reina en las moradas,
 A Citera ó a Idalia llevaréle,
 Do sacra oscuridad su sueño cele.

CXXXIII.

»Toma esta noche su figura, y lazo,
 Niño en disfraz de niño, a armar vé a Dido;
 Que ella habrá de acogerte en su regazo
 Gozosa entre los brándis y el rüido;
 y tú a vueltas podrás del blando abrazo,
 En la miel de sus ósculos, Cupido,
 Depositarla punta que a su seno
 Oculto del amor lleve el veneno.»

CXXXIV.

Manso a la tierna madre Amor da oidos,
 Y marcha, a Ascanio igual, depuesta el ala;
 Mientras de Ascanio Venus los sentidos
 Con plácido sopor vence y regala;
 Y abrigado en su seno, a los erguidos
 Idalios bosques llévale, do exhala
 Suaroma, y con sus sombras le guarece
 El blando almoraduj que allí florece.

CXXXV.

En tanto de Cartago en seguimiento,
 Obediente de Venus al mandado,
 Cupido va con dones opulento,
 Con el favor de Acátes bien hallado.
 Cuando llegado hubieron, fue el momento
 En que en el centro de grandioso estrado

Dido en cojines recamados de oro
Se reclinaba con gentil decoro.

CXXXVI.

Enéas, que tras ella se,avecina,
Entra, y con él la juventud troyana,
Que en orden se desparte, y se reclina
En muelles lechos de soberbia grana.
Agua da para manos cristalina
La servidumbre, y de suave lana
Toallas brinda, y de la rubia Dea
El don en canastillos acarrea.

CXXXVII.

Cincuenta esclavas dentro, los manjares,
Puestas en fila, en sazonar se emplean,
Y con incienso en propiciar los Lares;
Copas, ministran, viandas acarrean
Otras, cien, y en la, edad cien mozos pares,
Entran, llamados, Tirios que pasean
Densos en los alegres corredores,
Y los lechos ocupan de colores.

CXXXVIII.

Admiran de los dones la hermosura,
Admiran al garzon, su faz que brilla,
Y de su falsa labia la dulzura;
Ven la áurea veste, el oro que amarilla
La flor de acanto con primor figura:
Mas Dido en especial se maravilla,
Y de gozar no acaba;- ella, ¡ay! no sueña
Que a un abismo, gozando, se despeña!

CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,
 Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.
 ¿Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea
 Del héroe, que en su error hijo le llama;
 Mas luego que feliz le lisonjea,
 Déjale en paz, y con su activa llama
 Va a Dido, que en su error, niño inocente
 Jovial le invita: con risueña frente.

CXL.

¡Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda
 ¡Y es un gran Dios lo que en su seno anida!
 De la Reina en el seno, lo que manda
 La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:
 De Síqueo la imágen veneranda
 Sin sentir borra, y sin sentir convida
 Con nuevo halago a nueva lid a un alma
 Que retirada ha tiempo vive en calma.

CXLI.

Hubo el primer banquete terminado,
 Y la mesa se sirve de licores,
 Y festejan el vino regalado
 Los hondos vasos adornando en flores.
 Cien arañas del áureo artesonado,
 Penden: crecen sonando los clamores;
 Y las hachas con luces triunfadoras
 Quitan el campo a las nocturnas horas.

CXLII.

En este instante la sidonia Dido
 La copa demandó que usar solía
 Belo, que en orden desde allá traído
 Cada progenitor usado había:

Copa del oro sustentada, unido,
 Con finas piedras en igual porfía;
 Y de vino la llena, y al momento
 Calla el concurso a su palabra atento:

CXLIII.

«¡Júpiter! si ya diste a los humanos
 De la hospitalidad el sacro fuero,
 Haz este día a Tírios y a Troyanos
 Grato por siempre y, de felice agüero
 Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:
 Benigna Juno y Baco placentero,
 Lo honren presentes; y en gozoso grito,
 Tírios, a saludarlo ahora os invito.»

CXLIV.

Dice; y sobre la mesa el néctar liba
 Que generoso desbordaba, y luego
 La taza al labio toca fugitiva:
 La alarga a Bícias con señal de ruego;
 Toma, empínala e1 con ansia viva,
 Y el espumoso vino agota ciego:
 Alzan todos los próceres sus copas,
 y el canto empieza del crinado Yópas.

CXLV.

El cual describe con laud divino
 Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna;
 Cómo el sol desfallece en su camino;
 Por qué altera su faz la móvil luna;
 Deónde la bestia de los campos vino;
 Cuál fue del hombre la primera cuna;
 Qué fuente al mundo suministra el agua;
 Dó está de los relámpagos la fragua.

CXLVI.

Canta eso mismo a Arturo, las dos Osas,
 Y las Híadas tristes. el arcano
 Que las noches alarga perezosas;
 Por qué los soles del invierno cano
 Con ruedas se despeñan presurosas
 A bañarse en el líquido Océano.
 Cesa; y acogen su cantar sonoro
 Tirios y Teucros aplaudiendo en coro.

CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,
 Y Dido, platicando, amor apura;
 Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas
 A preguntar sobre Héctor se apresura:
 Ya qué huestes trujera pavorosas
 El hijo de la Aurora, oír procura;
 Ya la historia saber de los gentiles
 Potros de Raso, ó el poder de Aquíles.

CXLVIII.

«¿Que en fin,» exclama, «por ventura mía
 Desde el principio en relatar vinieses
 Los pasos de la griega alevosía,
 Huésped, y vuestras glorias y reveses!
 También tus viajes entender querría,
 Ya que contemplas los estivos meses
 Tornar séptima vez desde que yerras
 Mares cruzando y extranjeras tierras.»

LIBRO SEGUNDO.

I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva
De todos la atención, desde alto lecho
Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva
Inefable dolor mi herido pecho;
Que cómo a manos de la hueste aquíva
El troyano poder cayó deshecho
Recuerde: horrores que podré pintarte,
De ello testigo y no pequeña parte.

II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulíses fuera,
Si a tan largo dolor velos levanto,
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
Sin dar, a su pesar, tributo en llanto?
Acercándose al fin de su carrera
Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
A descanso convidan las estrellas.

III.

»Mas pues tu noble corazón consiente
En ser de este dolor particionero;
Pues mandas que de Pérkarno te cuente

El afán congojoso postrimero
 En breve narración; aunque se siente
 Horrorizado el ánimo, y del fiero
 Espectáculo aparta la memoria,
 Principiaré la miseranda historia.

IV.

»Yacian con el cerco prolongado
 Rotos los jefes de la hueste aquea,
 Maltrechos siempre del adverso hado;
 Cuando Minerva en su favor emplea
 Artificio sagaz. Por su mandato,
 Hueca mole fabrican gigantesca
 Que gran caballo al parecer figura,
 De recia tablazon y contextura.

V.

»Simulan y propalan que se eleva
 Por voto a Pálas hecho, de tranquilo
 Viaje en demanda: por doquier la hueva
 Mentirosa se esparce; y en sigilo,
 Echadas suertes entre gente a prueba,
 A ocupar suben el oscuro asilo
 Del vasto seno y cóncavos costados,
 Provistos de sus armas los llamados.

VI.

»Frontera a Troya Ténedos se ostenta.
 Que otro tiempo gozó de nombradía:
 Isla famosa, fértil, opulenta
 Durante la troyana monarquía:
 En su abandono y soledad presenta
 Hora a las naves pérfida bahía:
 A sombra de sus costas sin testigo

Los bajeles ensena el enemigo.

VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento,
Bogando irian por la mar serena
Para la patria: el largo abatimiento
La ciudad de sus hijos enajena:
Las puertas abre; al griego acampamento
Rápida corre de alborozo llena
La multitud, y visitar le agrada
Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.

»Aquí los batallones del furioso,
Del fuerte Aquiles; acullá su tienda:
Allí tomaban plácido reposo,
Acá trabámos áspera contienda.
Así van discurriendo; y el coloso
Infausto, reputado por ofrenda
A la casta, Minerva, hace que, muda
De Asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.

»Fuese traición, ó que la adversa suerte
Para entonces el golpe reservase,
Timétes clama que la mole al fuerte
Se lleve al punto, y las murallas pase.
Cápis, empero, que el peligro advierte,
Aconseja con otros que la abrase
Fuego voraz, y la vecina ondal
El sospechoso don, trague y esconda;

X.

»O que, el oscuro seno se barrene

Para indagar lo, que en el fondo encela.
 Indecisa la turba se mantiene.
 En esto de la excelsa ciudadela
 Con numerosa muchedumbre viene
 Laoconte, al campo a rebatado vuela,
 Y, «¡Oh desgraciados!» desde lejos grita:
 «¿Qué demencia a la muerte os precipita?»

XI.

»¿Pensáis que el enemigo nuestra tierra
 »Dejó? ¿Fiaís en sus mentidos dones?
 »¿Cuán poco a Ulises conoceis? ó encierra
 »Esta fábrica aquivos campeones,
 »0 artificiosa máquina de guerra
 »Es: nuestra situación y habitaciones
 »Por cima intentan registrar del muro,
 »Para luego caer sobre seguro.

XII.

»Ello, hay engano, ¡Oh Teucros, confianza
 »Negad a ese caballo! Como quiera,
 »Yo temo de los Griegos la asechanza
 »A vuelta de sus dones traicionera.»
 Dijo; y desembrazó fornida lanza
 Hacia un lado del cóncavo; certera
 Vuela, clávase, vibra: conmovido
 Dio el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.

»¡Ay! a no ser por la fortuna impía
 Que nos robaba libertad y acierto,
 Laoconte en su furor logrado habría
 Que pusiésemos luego en descubierto,
 Hendiendo la amazon, la alevosía.

Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
No cayera tu pompa derribada!

XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grita,
Atras ambas las manos, prisionero
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
Abrir el muro con ardid artero
A los suyos; ni el ánimo le quita
El peligro de infame paradero;
Resuelto a todo, el pérfido se hizo
Con aquellos pastores topadizo.

XV.

»La multitud agólpase, y denuesta
Al prisionero que curiosa mira.
(Reina, las artes de los Griegos de esta
Traición colige; su maldad admira.)
Inerme se detiene, manifiesta
Medrosa turbación: los ojos gira
La turba rodeando que le oprime,
Abre los labios, y temblando gime:

XVI.

«¡Cielos! ¿a dónde me arrojais? ¿qué puerto
»Queda ya a mi infortunio? La cadena
»Del Griego a quebrantar aún bien no acierto,
»Y ya el Troyano a muerte me condena.»
Compone a su gemido el desconcierto
La multitud, el ímpetu serena,
Y con instancia a declarar le mueve
Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.

»Títulos aguardamos con que abone
Palabras de cautivo. Reparado
De la sorpresa, el impostor repone:
«¡Rey! la verdad confesaré de grado:
»No a mi labio veraz candado pone,
»Aunque adverso me fuere, el resultado:
»Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;
»Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.

»Quizá en conversación por accidente,
»De Palamédes, generosa rama
»Del linaje de Belo floreciente,
»Llegó a tu oído el claro nombre y fama.
»Porque la guerra no aprobó, demente
»Llamóle el pueblo, y con indigna trama
»Trájole al hierro de la muerte: ahora
»Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.

»Mi padre, escasa el arca de dinero,
»Guerrero aventuróme, y al cuidado
»De aquel varon fióme, compañero
»Antiguo nuestro y próximo allegado.
»Tomámos de esta playa el derrotero
»Muy al principio. Prosperó el Estado
»Mientras honrarle y atenderle supo,
»Y parte a mí de su esplendor me cupo.

XX.

»Mas el término vi de mi contento
»Cuando de sus manejos el astuto
»Itacense, el infame acabamiento

»De Palamédes recogió por fruto.
 »Notorio el caso fue. Yo en aislamiento
 »Dime a vivir y en miserable luto:
 »Pensaba siempre en mí inocente amigo,
 »Y eterna indignación iba conmigo.

XXI.

»Ni pudiendo tener contino a raya,
 »Demente ya, mi cólera sombría,
 »Clamé, juré que si a la amada playa
 »Tornase vencedor, me vengaría.
 »Odios que Ulíses en silencio ensaya
 »Hubo de acarrearne la osadía
 »De mis palabras: sin enmienda aquello
 »Vino a poner a mi desgracia el sello.

XXII.

»De entonces más, calumnias el aleve
 »Ideó nuevas: comenzó rumores
 »Vagos a propalar entre la plebe;
 »Ni pudo sosegar en los terrores
 »Conque el crimen persigue, hasta que en breve
 »Con Cálcas, el augur, a sus rencores...
 »Mas ¿a qué, derramando el pensamiento,
 »Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
 »Si a todos nos nivela vuestra saña?
 »Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
 »Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
 »Su triunfo, el Itacense.» El artificio
 No vemos con que a fuer de Griego engaña;
 Antes le instamos a explicarlo todo.

Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.

«Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
»Volver pensaron, y soltar la clava,
»Del asedio cansados. En mal hora
»Tornábalos a puerto la onda brava
»Y el ala de los vientos bramadora.
»Mas esa estatua al ver, que en pie se alzaba,
»Con ira nueva y general tronido
»Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera
»Al apolíneo oráculo, tornando
»Trajo esta, en solución, voz lastimera:
»Griegos: los vientos aplacasteis, cuando
»Marchabais a Ilión la vez primera,
»En el ara una virgen inmolando:
»Si en la vuelta anhelais propicia calma,
»Sangre verted, sacrificad un alma.

XXVI.

»La voz a oídos de las gentes vino
»Moviendo al corazón mortal recelo,
»Todos el rigor tiemblan del destino;
»Cuaja a todos la sangre torpe hielo.
»En tal crisis a Cálcas adivino
»Saca Ulises con ímpetu y anhelo,
»Y de la hueste aquéjale en presencia
»A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.

»Ya de aquel pecho de piedad desnudo

»Sondando muchos el ardid secreto,
»Me auguraban mal fin. Diez días mudo
»Difirió Cálcas el fatal decreto.
.»Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
»Y a la mente ajustando del inquieto
»Instigador el fallo, lo pronuncia:
»Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.

»Place a todos; y el golpe que temía
»Cada uno enantes en su mal, en cuanto
»Sobre un triste descende, en alegría
»Pública trueca el general quebranto.
»Ya se acercaba el tenebroso día
»De la degollación: con gozo, en, tanto,
»La salsamola alistan, y disponen
»Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.

»Liberteme, es verdad, de la atadura;
»Y de un pantano entre la juncia y cieno
»Logré ocultarme con la noche oscura,
»Aguardando partiesen, si sereno
»Lo comportaba el mar por mi ventura.
»Mas la esperanza huyó de ver el seno
»Antiguo de la patria, y a mi lado
El hijo dulce, el padre deseado.

XXX.

»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,
»Por mí habrán de lastar en roja piral
»Por los dioses del cielo soberanos
»Que apartan la verdad de la mentira,
»Por la noble lealtad, si ya en humanos
»Pechos cupo lealtad, la suerte mira
»No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;
»Tanto infortunio a compasion te mueva!»

XXXI.

La piedad que con lágrimas demanda,
Con lágrimas le dan los corazones.
Abogamos por él. Al punto manda
Que los lazos le suelten y prisiones
El Rey, y así le dice con voz blanda:
«Olvida ya las bárbaras legiones,
»Mancebo, y sus malvados proceder:
»De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

XXXII.

»Mas la verdad declara sin rebozo:
»¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?
»¿Máquina amenazante de destroz
»Es? ¿ó bien relialoso monumento?»
Dice el buen Rey; y el atrevido mozo
Mostrado, a usanza griega, al fingimiento,
Exclama así, las manos desatadas
Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.

»¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos
»Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!
»¡Aras del sacrificio! sed testigos

»Del derecho cabal con que cancelo
» Antiguos pactos: odio a los que amigos
»Pude llamar; ¡sus crímenes revelo!
»Mas ¡oh! ¡si en mi tú salvación se apoya,
»Guárdate fiel a tus promesas, Troya!

XXXIV.

»Los Griegos de Minerva en el robusto
»Auxilio descansaron confiados
»Hasta que el hijo de Tídeo injusto
»Y fraguador Ulíses de atentados,
»Su estatua milagrosa al templo augusto
»Se aunaron a robar; y, degollados
»Los guardías del castillo, con sangrienta,
»Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.

»Cayó miedo en los ánimos: su ayuda.
»Cambió, la Diosa en no dudoso amago;
»Que, al campo apenas se llevó, ceñuda
»Los ojos clava con fulgor aciago;
»¡Raro prodigio! humor amargo suda,
»Y del suelo tres veces se alza en vago,
»El escudo flamígero delante,
»Y el asta blandiendo retemblante

XXXVI.

»Incontinente Cálcas determina
»Que el sitio los guerreros abandonen;
»Diz que en vano de Troya la ruina,
»Por bien que la expugnaren, presuponen.
»Si, tornando a cruzar la onda marina,
»En Árgos los auspicios no reponen,
»A la Diosa aplacando en sus desvíos

»Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.

»A Micénas ahora encaminados
 »(De Cálcas los auspicios tal declaran),
 »Prevenidos mejor y apertrechados,
 »La vuelta a dar de asalto se preparan,
 »Mas antes que partiesen, avisados,
 »En.igual de la que ímpios enojaran
 »Robada estatua, edificaron ésta
 »Para purgar la violación funesta.

XXXVIII.

»Plúgole a Cálcas, además, que fuese
 »De trabes poderosas guarnecida
 »Y que las nubes con la frente hiriese,
 »Porque su peso y altitud impida
 »Que por las puertas quepa, y atraviesa
 »Las murallas, no avenga que presida
 »A la ciudad, del Paladion viuda,
 »Y con la antigua protección la acuda.

XXXIX.

»Que si este don violais -el agorero
 »Pronostica (primero se convierta
 »En quiebra suya el malhadado agüero!)-
 »Troya vencida quedará y desierta:
 »¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,
 »Si le internareis, la muralla abierta,
 »Y a las aguas de Grecia vuestras proras
 »Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

XL.

»Así en un punto entre sus lloros viles,

Caza Sinon con pérfidos amaños
 En red de muerte a los que el grande Aquiles,
 Ni el hijo de Tideo, ni diez años
 De terca opugnación, ni naves miles
 Pudieron domeñar. Tras sus engaños,
 Con espanto de todos repentino,
 Oye el paso cruel que sobrevino.

XLI.

»Sacerdote por suerte designado
 A honrar al Dios del húmedo elemento,
 Era Laoconte: ante el altar sagrado
 Degollábale un toro corpulento.
 Súbito a la sazón venir a nado
 Vemos (de horror estremecerme siento),
 De la ínsula vecina procedentes,
 Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

XLII.

»El pecho entrambas enhestando iguales,
 Con encarnada cresta gallardean,
 Y en ruedas, al andar, descomúnales
 El largo cuerpo sobre el ponto arquean:
 Rotos gimen los líquidos cristales
 Por do hienden: abordan ya y campean,
 La vista en sangre y rayos encendida:
 Todos huímos, la color perdida.

XLIII.

»Lamiéndose las bocas sibilantes
 Con la vibrante lengua, van derecho
 Para Laoconte: mas sus hijos antes,
 Tiernos gemelos, en abrazo estrecho
 Aferran, y sus miembros palpitantes

Apedazan, devoran. Pecho a pecho
 Y meneando la aguzada hoja,
 Encima el genitor se les arroja.

XLIV.

»¡Vano auxilio! ¡arduo afán! Ellas le abrazan
 Con doble, firme vuelta la cintura;
 Los escamados lomos le relazan
 A la garganta, y a mayor altura
 Sobrealzando las crestas, amenazan.
 Con ambas manos él entre la impura
 Ponzosña que las ínfulas le afea,
 Por sacudir los ñudos forcejea.

XLV.

Descoyuntado al fin, y cual pudiera
 El toro que del ara huyendo herido,
 De hacha insegura libertado hubiera
 Su manchada cerviz, en alarido
 Rompe horrible. Las sierpes de carrera
 Parten al templo de Minerva, y nido
 A los pies de la Diosa encrudecida
 Hallan seguro bajo el ancha egida.

XLVI.

»Nuevo motivo de terror asalta
 Los ánimos, que el miedo señorea;
 Supone el vulgo que Laoconte, al alta
 Estatua encaminando el asta rea,
 Mereció el golpe que siguió a su falta:
 Que el caballo se interne, clamorea,
 Y que a la Diosa con devotas preces
 Se Persuada a poner sus altiveces.

XLVII.

»Presto aportillan el adarve: toma
 Movimiento el coloso: iguales giran
 Ruedas que al pie le ajustan: con majoma,
 Atando el cuello, a competencia tiran.
 Ya grave de armas sobre el inuro asoma:
 Todos, con ansia a la labor conspiran:
 Garzones y doncellas entre tanto,
 Alzan en torno religiosocanto.

XLVIII.

»Ya entra bamboneando, a tu firmeza
 Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia
 Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza
 Do vio un pueblo estrellarse su arrogancia!
 Sigue, y tres veces al umbral tropieza
 Con ronco són que retumbó a distancia;
 Mas insta el vulgo en su porfía loca,
 Y al fin en el alcázar le coloca.

XLIX.

»Vanamente Casandra entusiasmada
 Esforzando la voz -su voz divina,
 Por castigo de un Dios menospreciada-
 Grandes calamidades vaticina.
 ¡Ay! sus anuncios estimando en nada,
 Al borde ya de la común ruina,
 Nosotros sólo en decorar pensamos
 Templos y altares con festivos ramos.

L.

»Gira mientras la esfera, y vase alzando
 La noche de las ondas, el desvelo
 Y fraudes, enemigos ocultando

En espantoso horror, la tierra, el cielo.
 Yacen mudos los Teucros: sueño blando
 Acá y allá los encadena. A vuelo
 Torna entre tanto la pelasga flota
 A las sabidas playas la derrota.

LI.

»A sordas con la luna y el sosiego
 De la noche, que muda las arropa,
 Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,
 Concertada señal, la regia popa.
 Sinon, a quien, en daño Questro ciego
 El hado guía, la escondida tropa
 Acude a libertar, y la honda cava
 Abre que tenebrosa los guardaba.

LII.

Y por cables que lanzan de ligero;
 Desguíndanse de la bórrida guarida
 Esténelo, Tisándro, Ulíses fiero,
 Tornando a respirar aura de vida:
 Menelao; Macaon, que fue el primero,
 Y Acamante y Toanie de seguida,
 Y Neoptólemo audaz el de Peleo,
 Y el trazador del artificio, Epeo.

LIII.

»A entrar la muchedumbre se acelera
 En la ciudad, que yace en sueño y vino,
 Y matandolas guardías, carnicera,
 Y las puertas abriendo, da camino
 Y se une a, los que abordan. Tiempo era
 En que el sueño primero don divino,
 Los cuerpos sosegando fatigados

Envuelve en manso olvidó los cuidados.

LIV.

»En medio del silencio, a la imprevista,
Reputándolo yo por caso cierto,
Héctor en sueños muéstrase a mi vista
De polvo vil y amarillez cubierto:
Mustia la faz, que el ánimo contrista,
Mustia y llorosa; y, cual después de muerto
Y arrastrado por rápidos bridones,
Taladrados los pies de correones.

LV.

»¡Cuán trocado de aquél que a nuestros ojos
Resplandeció tras recias embestidas,
O de Aquíles trujese los despojos
O incendiáse las naves combatidas!
Yerta barba; cuajados los manojos
Del pelo en sangre; vivas las heridas
Que en torno recibió de la muralla;-
Y aquí en sueños mi voz en llanto estalla:

LVI.

«Gran Héctor que de gloria y de consuelo.
»Astro por siempre a los Troyanos fuiste!
»¿De cuál remoto y olvidado suelo
»Tornas al fin a nuestra playa triste?
»¿Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,
»Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?
»¿Mas por qué herido así? Tu faz serena
»¿Por qué se cubre de sangrienta arena?»

LVII.

»Nada contesta: con mortal gemido

«¡Vuela! ¡huye!» exclama: «el Griego se apodera
»De la ciudad: incendio embravecido
»Estalla: ¡Troya se desploma entera!
»Mucho a, la patria y al monarca ha sido
»Sacrificado: si algo la valiera,
»Salvárala este brazo: en su agonía,
»Su culto, hijo de Venus, te confía.

LVIII.

»Mansión busca a sus Dioses tutelares
»Que fundarás, y grande, finalmente,
»Audaz cruzando procelosos mares.»
Y mientras habla entrégame impaciente
La alma Vesta que arranca a los altares,
Y los velos y el fuego indeficiente.
`Por la ciudad en tanto se extendía
El estruendo confuso y vocería.

LIX.

»Y aunque distante de la puerta Esce
Yacía de mi padre la morada,
Opaca de un jardín que la rodea,
De la invasora muchedumbre armada
Llega sordo el rumor; mi sien golpea;
Salto veloz, el ánimo azorada,
Y a la azotea trepo, y al ruido
Que crece más y más, tiendo el oído

LX.

»Tal cuando en mieses subitánea llama,
Soplando el Austro, enfurecida prende,
o bien si desbordado se derrama
Y valles, surcos y sembrados hiende
Bravo raudal, y en remolinos brama

Árboles arrastrando que desprende;
Sobre un peñón, de la tormenta aquella
Testigo inmóvil el pastor descuella.

LXI.

»Bien a mis ojos lo que en torno pasa,
Bien la aviesa traición se patentiza.
Con estampido el gran palacio arrasa
De Deifobo, el fuego, y se encarniza
Sin detenerse, en la contigua casa
De Ucalegonte, y de su luz rojiza
Parece arder abierto el mar Sigeo:
Suenan trompetas, cunde el clamoreo,

LXII.

»Echo mano a las armas alterado,
Y a discurrir no acierto a mi albedrío:
Al alcázar volar con un puñado
De compañeros, en confuso ansío;
Mal ciego de furor, desatentado
En manos de la muerte la honra fio;-
Cuando al Otrida, del altar febeo
Ministro en el alcázar, llegar veo.

LXIII.

»Él los Dioses vencidos, casi a vuelo
Trae, y sacros adjuntos que a la saña
Hurtó enemiga supiadoso celo;
Y un nieto pequeñuelo le acompaña.
«¡Panto!» al verle clamé con vivo anhelo:
«¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?
»¿En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?
Dando un hondo gemido me responde;

LXIV.

« La hora que los hados previnieron
»Llegó de asolación! ¡Jove inclemente
»Trastorna la balanza! Fueron, fueron
»Troya, su gloria, su esplendor potente?
»Todo los enemigos lo invadieron:
»Del caballo intramuros eminente
»Griegos brotan armados: triunfante
»Sinon propaga el fuego devorante.

LXV.

»Por las ya francas puertas a oleadas
»Cuantos vinieron de la gran Micénas
»Tantos que entran parece: están tomadas
»Las avenidas: de reposo ajenas
»Amenazan fulgentes sus espadas
»La primer guarnición ensaya apenas
»Al tropel oponerse que la embiste,
»Y en ciega riña desigual resiste.»

LXVI.

»Ardo a su voz: el corazón me inflama
No sé cuál Dios o aliento sobrehumano:
Do la ira impele, do el rumor me llama
Corro el hierro a arrostrar y el fuego insano.
A la luz vaporosa que derrama
La blanca luna, de Ífito el anciano,
De Hípanis, de Dímas Rifeo,
Que se me allegan, los semblantes veo.

LXVII.

»Corebo, el hijo de Migdon, partido
Tomó también y se nos puso al lado.
Estaba en Rion recién venido,

Con pasión de Casandra enamorado;
 Y de Príamo yerno prometido,
 Su espada nos brindó como aliado.
 ¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera
 Si a la inspirada profetisa oyerá!

LXVIII.

»Yo así a todos les dije en el momento
 Que en órden los vi puestos de pelea:
 « ¡Mancebos de alma grande, que de aliento
 «Heróico, pero estéril, se rodeal
 »Si seguir pretendéis mi osado intento,
 »Igualed el peligro con la idea:
 »Los Dioses que este reino custodiarán
 »Hoy altares y templos desamparan,

LXIX.

»A una ciudad, oh pechos denodados,
 »Acorreis que en pavesas se convierte:
 »La muerte, pues, busquemos, y arrojados
 .»Entre enemigos, generosa muerte;
 »¡Quien con el cielo lucha y con los hados
 »Sólo desnudo de esperanza es fuerte!»
 Así exaltado les hablé, y mi acento
 Su denuedo redobla y su ardimiento.

LXX.

»Cual del hambre al furor lobos rapaces,
 Miéntras que los cachorros por su vuelta
 Anhelan, seca la garganta, audaces
 Corren en sombras la campaña envuelta;
 Por medio de los hierros y las haces
 Enemigas así la planta suelta,
 De la muerte lanzados al encuentro

Tocamos ya de la ciudad al centro.

LXXI.

»La noche miéntras con su negro manto
Nos cobijaba ¡Oh noche de tormentos!
¿Quién podrá darte el merecido llanto
o el número decir de tus lamentos?
¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto
Coronada, flaquea en sus cimientos!
Por calles, plazas, templos invadidos,
Cadáveres se ven yacer tendidos.

LXXII.

»Mas no toda la sangre que se vierte
Sangre es troyana. Amenazante aviva
Tal vez el antes abatido; inerte
El vencedor en tanto se derriba.
Igual a entrambas partes la ímpia suerte
Terror, desolación sembrando iba
Por acá y por allá: la muerte toma
Miles semblantes, y doquier se asoma.

LXXIII.

»Al paso Andrógeo nos salió el primero
Con gente mucha entre la sombra espesa,
Y creyéndonos suyos, delantero,
«Amigos,» dice, «¿qué indolencia es ésa?»
»¡Apresurad! Cuando Ilion entero
»Es ya ceniza y dividida presa
»Al ímpetu feliz de nuestras tropas,
»¿Vos apenas dejáis las altas popas?»

LXXIV.

»Haber caído entre enemiga gente

Nuestra respuesta adviértele indecisa,
 Y cortando el discurso de repente,
 Arredra el pie con azorada prisa;
 Bien cual trémulo salta el que serpiente
 Inesperada entre malezas pisa,
 Que se le vuelve enfurecida de ello
 Y enhiesta ensancha el azulino cuello.

LXXV.

»Andrógéo, así despavorido huía;
 Y a su tropa nosotros con denuedo
 Cargámos, que el lugar desconocía,
 Y a más temblaba en vergonzoso miedo:
 Cargámosla, y en ellos a porfía,
 Matar pudimos. Animoso y ledo
 Al aura de fortuna Sionjera,
 Corebo razonó de esta manera:

LXXVI.

«Bien la fortuna apunta, amigos; ea!
 »El camino sigamos que señala:
 »Con los Griegos cambiemos de librea;
 »En mal del enemigo, ¿quién no iguala:
 »Fuerza y astucia? ¡El mismo armas provea
 Dice, y ciñe el estoque argivo y cala:
 El almete de Andrógéo, penachudo,
 Y ornado de blasón prende el escudo.

LXXVII.

Rifeo le imitó; ni hacerlo dudan,
 Dímas al punto y los demás presentes:
 Todos en armaduras propias inudan
 Los trofeos magníficos recientes.
 Así ajenos, auspicios nos escudan

Y oscuro el aire: a su favor frecuentes
Choques de paso alventurando a tienta,
Despeñamos al Orco almas sin cuento.

LXXVIII.

»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,
Merced de presta fuga, en la ribera
Se acogen a las naves: cuáles llenos
De vil temor, del monstruo de madera
En los profundos conocidos senos
Trepan a guarecerse. Mas ¿qué espera
El mortal infeliz, o en qué confía,
Si al brazo de los Dioses desafía?

LXXIX.

»He aquí entre ásperas puntas, falleciente,
Casandra, hija de Príamo, iba envuelta.
Del sagrario de Pálas por furente
Ciego invasor arrebatada: suelta
La cabellera; al cielo vanamente
Con vivísimo ardor los ojos vuelta...
¡Los ojos, ay, que las hermosas manos
Con cadena oprimieron los villanos!

LXXX.

»No tal sufrió Corebo arrebatado,
Y entre el tumulto, de morir sediento,
Precipitóse: en escuadrón cerrado
Seguimos los demas su movimiento.
Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado
Del templo, observan en fatal momento
Nuestro arreo y crestones, y en su engaño
Presto nos hacen lastimoso daño.

LXXXI.

»Como vientos alígeros que en roto
Torbellino se encuentran frente a frente,
Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,
-Euro, que en,sus bridones del Oriente
Va ufano; -y gime estremecido el soto,
Y, de espumas cubierto el gran tridente,
Nereo en su furor no da reposo,
Y mueve desde el fondo el mar undoso:

LXXXII.

»Así brama, con fiera arremetida
Correspondiendo a nuestro audaz embata
Caterva que a vengar salta ofendida
De la doncella el súbito rescate:
Ajax violento, y tino y otro Atrida,
Y los Dólopes todos. En combate
Entran también los que esparcido había
Por la oscura ciudad nuestra artería.

LXXXIII.

»Tornan éstos a hallarnos cara a cara,
Y el habla que nos oyen diferente
El disfraz de las armas les declara.
Al número sucumbe, en fin, mí gente.
Peneleo a Corebo al pie del ara
Inmoló de la Diosa armipotente;
¡Ay! de los suyos recibiendo heridas
Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

LXXXIV.

»Ni tu piedad ni el apolíneo velo
Te hurtaron, Panto, a la enemiga hueste
Y el justo, el santo del troyano suelo,

Rifeo, cae, sin que amparo preste
 A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.
 Conmigo Ífito y Pélias quedan: éste
 Mal herido de Ulíses, tardo el paso;
 Esotro por la edad de fuerza escaso.

LXXXV.

»Con ellos en forzosa retirada
 Abandoné la desigual porfía.
 ¡Oh pira extrema de mi Patria amada,
 Sacras cenizas de la gente mía!
 Testigos sed que en la infeliz jornada
 Tanto arrostré cuanto arrostrar debía,
 Y, a consentirlo el fallo de la suerte,
 Ganara por mi mano honrosa muerte.

LXXXVI.

»Torcemos al estruendo sin tardanza
 Al palacio del Rey, do tan horrenda
 Refriega hallamos, cual si aquella estancia
 Fuese el único campo a la contienda;
 ¡Tal era el brío y la marcial pujanza!
 ¡Así en masa a los Griegos estupenda
 Precipitarse vemos, y la entrada
 Asediar bajo densa empavesada!

LXXXVII.

»De un lado y otro el edificio ascienden.
 Por pilares y escalas; con los brazos,
 El escudo al izquierdo, se defienden
 De pedradas sin cuento y saetas;
 Suelto el derecho, en el remate prenden
 Del edificio altísimo. En pedazos
 En tanto los troyanos campeones

Las techumbres derruecan y bastiones.

LXXXVIII.

»De tales armas su defensa flan,
 Aureas travesalando en su despecho
 Que de antiguos monarcas dado habían
 Noble decoro al admirado techo.
 Otros abajo, a resguardar se alían
 Las puertas, y tras ellas en estrecho
 Grupo, puñal en mano, se aglomeran,
 Y apercebidos la avenida esperan.

LXXXIX.

»Al palacio escalado se convierte
 Mi atención toda: diligente acudo
 A esforzar a quienquier se desconcierta
 Y alientos dar contra el asalto crudo.
 Un portillo hubo atrás, que a buena suerte
 Al ciego sitiador hurtarse pudo;
 Tras él los tramos, del palacio unía
 Tránsito oscuro, oculta galería.

XC.

»Por allí sola Andrómaca en su duelo,
 Cuando aún cetro empuñaba el Rey anciano,
 Ir solía a sus suegros, y al abuelo
 Llevaba el hijo tierno de la mano.
 A entrar por allí mismo ahora yo vuelvo;
 Calo el postigo, y la eminencia gano,
 Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan
 Cuanto a la mano ven, cuanto destechan.

XCI.

»A plomo allí con la pared se erguía

Excelsa torre en la región del viento,
 Que toda la ciudad mandaba un día
 Y la enemiga armada y campamento.
 Por do fácil de herir aparecía
 Batámosla en redor: del alto asiento
 Al combinado impulso desprendida,
 Cede, y precipitamos su caída.

XCII.

»Ella rodando con fragoso estruendo
 En fragmentos veloz se despedaza,
 Y abajo amplio escuadrón tapa cayendo,
 Que otro, cual ola súbita, reemplaza.
 Sigue sin tregua el combatir tremendo.
 Ya ante el mismo vestíbulo amenaza
 Pirro animoso, en el umbral primero,
 Con metálica luz radiante y fiero;

XCIII.

»Cual dragón que aterido, soterrado,
 De venenosas hierbas se sustenta,
 Mas de nuevo arreándose, en el prado
 Sale a campar cuando el calor le alienta:
 Voluble el lomo en roscas arrollado
 Miles colores con la luz ostenta;
 Al sol mirando, el cuello al aire libra,
 Y la trisulca lengua hórrido vibra.

XCIV.

»Automedonte, que de Aquíles fuera
 Auriga, ora escudero, y Perifante
 Corpulento acomete, y la guerrera
 Esciría juventud, y a un mismo instante
 Llama arrojan que al aire va ligera:

Pirro, hacha en mano, abócase adelante,
 Quiciales estremece, vigas raja,
 Y las ferradas puertas desencaja.

XCV.

»Las traves a su empuje crujen, ruedan;
 Enorme boqueron dan los tablones,
 Ni cosa abrigan que ocultarle puedan
 Dentro los vastos atrios y salones,
 De los antiguos soberanos quedan
 Francas y descubiertas las mansienes,
 Y afuera comparecen los soldados
 Que las Duertas guardaban atropados.

XCVI.

»¡Oh cuánta turbación adentro! ¡oh cuánto
 Terror! Los huecos artesones llena
 Femenil alarido, ronco planto,
 Grita, confusa y vária al cielo suena.
 Cruzan matronas con afán y espanto
 Las anchas salas que el rumor atruena,
 Y las columnas a abrazar se arrojan,
 Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

XCVII.

»Mas Pirro igual al padre se adelanta.
 ¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante
 Hierro esgrimido con braveza tanta?
 Postes ni cerraduras son bastante;
 Ferrada maza a golpes los quebranta.
 Plaza abre a fuerza: a quien le va delante
 Atierra, Y su cohorte furibunda
 A la redonda el edificio inunda.

XCVIII.

»Así de altiva cumbre se desata
De pronto hinchado un espumoso río,
Y oleadas horrísonas dilata
Hundiendo el malecón, creciendo en brío;
Y establos y ganados arrebatá
Impetuoso. Yo, yo vi al impío
Cebarse airado en el estrago horrendo;
Ví a los Atridas el umbral cubriendo.

XCIX.

»Vi a Hécuba y sus hijas, sus amores
 Vi a Príamo, del ara en el sagrado,
 El fuego que adoraron sus mayores
 Matar en sangre suya mal su grado;
 Vi los cincuenta lechos, que de flores
 Había la esperanza engalanado
 En pro del trono, y las soberbias puertas
 De oro y rico botín rodar cubiertas.

C.

»Griegos el campo ocupan que aun da el fuego.
 -Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,
 De Príamo saber. Príamo, luego
 Que de las puertas oye el estallido,
 Y encima siente al desbordado Griego,
 Ciñe al endeble cuerpo envejecido
 Inútil hierro y olvidada malla,
 Y aguja a perecer en la batalla.

CI.

»Al raso en medio del palacio había
 Ancho altar, y por cima un lauro anciano
 Asombrando a los Lares, descogía
 Denso follaje de verdor lozano.
 Hécuba en la marmórea gradería
 Con sus hijas los Dioses ciñe en vano,
 Bien cual palomas que en bandada avienta
 El repentino son de la tormenta.

CII.

»Como a recursos el Monarca apele
 Ya ajenos a su edad, «¿Qué desvarío,»
 Hécuba clama, «a perdición te impele?»

»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele
»Hará en el caso extremo? Esposo mío,
»Ven: este altar refugio a todos sea,
»O a todos juntos sucumbir nos vea.»

CIII.

»Dice; a su lado le reduce, y puesto
Sobre las losas a ocupar le obliga.
Desacordado y jadeante, en esto,
Polítes, de ellos hijo, a quien hostiga
Pírro desaforado, el pie, tan presto
Como lo sufre su mortal fatiga,
Por los vacíos atrios acelera,
Y señala con sangre su carrera.

CIV.

»Ya con la pica por detras le toca,
Ya entre las manos el cruel le mira,
Cuando en faz de sus padres desemboca,
Y dando en tierra ensangrentado espira.
El venerable viejo, a quien provoca
El duro lance a generosa ira,
No en lo sumo del riesgo el labio sella,
Mas respetos y amagos atropella:

CV.

»Si justo el cielo de los hombres cura
»Dáranos, » dice, »por tamaña ofensa,
»A mi venganza a colmo; larga y dura
»A ti la merecida recompensa!
»Poner te place al padre en angostura
»De ver caído al hijo sin defensa,
»Y no acatando encanecidas sienes

»A darle en rostro con su sangre vienes.

CVI.

»Calla de hijo de Aquiles el dictado,
»Que le desmiente tu cobarde encono:
»Él supo dar la mano al que postrado
»Miró a sus pies en mísero abandono;
»Tornóme el hijo muerto, que enterrade
»Fuese en fúnebre pompa, y a mi trono
»Me concedió volver.» Dijo, y con tardo
»Aliento el Rey de allí soltóle un dardo

CVII.

»Que rebotado al punto con sonido
Ronco, al tocar el defendido acero,
Quedó en el centro del broquel prendido.
Pirro repuso con sarcasmo fiero:
« ¡Sí, vé a mi padre, y que su ejemplo olvidé
»Dile; que de su sangre degenero
» Que orpbio eterno de mi porte espere;
»Eso y más dile; y por ahora muere!»

CVIII.

»Y diciendo y haciendo, el inhumano
Al mismo altar impávido arrastraba
Al noble Rey, que, trémulo de anciano,
En la sangre del hijo resbalaba:
Le ase del pelo con la izquierda mano,
Y con la diestra a su placer le clava
Hasta el pomo la daga en el costado,
Fúlgida en alto habiéndola vibrado.
CIX.

»Tal rodó su corona refulgente;
Tal vino a ver su antigua fortaleza

Humo y polvo tornarse de repente,
 Aquél que al esplendor de su grandeza
 Miró a cien pueblos inclinar la frente!
 Su cuerpo, tronco informe, la cabeza
 Cercenada por bárbara cuchilla,
 Yace sin nombre en solitaria orilla.

CX.

»Horror profundo allí por vez primera
 Sobrecogióme, viendo la agonía
 Penosa de mi Rey, y la manera
 Como el postrero anhélito rendía.
 Mi padre, que cuanto él anciano era,
 Delante me fingió la fantasía:
 La dulce esposa, el hijo tierno, a rudo
 Ultraje abandonados sin escudo.

CXI.

»Por ver con quiénes cuento, en torno paso
 Las miradas; a nadie ya diviso:
 Dieron unos al fuego el cuerpo laso,
 Arrojáronse otros de alto piso.
 Así todo oteándolo de paso,
 Al claror de las llamas, de improviso
 Observo un bulto en el umbral de Vesta;
 Erase Elena en lo escondido puesta.

CXII.

»Esa ahora a las aras acogida,
 Furia que al mundo le nació ominosa,
 De Troyanos y Griegos maldecida,
 De Griegos y Troyanos temerosa,
 Salvar tentaba la infelice vida

Huéspedea ingrata, amancillada esposa;
Matar pensé la infame advenediza
Por vengar de la Patria la ceniza:

CXIII.

»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada
»Rastrándose en oscuros escondrijos?
»¿Y en Micéνας y Esparta hará su entrada
»Reina ella entre marciales regocijos,
»De troyanos esclavos acatada
»Tornando a ver esposo, padres, hijos?
»¿Y Troya en bravas llamas consumida?
»¿Y triunfante el acero regicida?

CXIV.

»¿Y para esto tornada ardiente lago
»Tantas veces la playa en sangre nuestra?
»¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago
»De varonil valor gloriosa muestra,
»Dar a tal monstruo el merecido pago
»Hazaña es justa y digna de mi diestra:
»No ya sedienta al envainar mi espada,
»Más de una sombra dejaré vengada!»

CXV.

»Rugía yo con voz tempestuosa
Cuando espléndida toda de hermosura,
Me apareció mi madre bondadosa
Radiante entre la sombra de luz pura,
Con el encanto y majestad de Diosa
Conque se muestra en la celeste altura;
Súbite el vengador brazo me toca,
Y abre entre aromas la purpúrea boca:

CXVI.

«¡Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;
 »Tu pecho hirviente su ímpetu reportel
 »Dí, ¿será justo que el rencor te olvide
 »De la familia nuestra, y no te importe
 »Saber si el genitor, a quien impide
 »Vejez cansada, el hijo, la consorte
 »Vivos están? ¿No ves que los circunda
 »La multitud que la ciudad inunda?

CXVII.

»Por mí, el hierro su sangre no devora;
 »Por mí, el fuego sus huesos no calcina.
 »Y a qué la faz baldonas seductora
 »De esa Lacedemonia que abomina
 »Tu corazón? Y a Paris a deshora
 »¿Por qué oprobias? No tiene la ruina
 »De Troya la opulenta humano origen;
 »Airados Dioses son quienes la afligen.

CXVIII.

»Es fuerza superior la que derriba
 »Sus altos techos. Si cejar te duele,
 ¡Yo esa que lenta en derredor te priva
 »De luz, haré que de tus ojos vuele,
 »Húmeda, opaca niebla, y la cautiva
 »Vista dilates. Quién, verás, demuele
 »Aquestos muros, y al materno aviso
 »La frente inclinarás grato y sumiso.

CXIX.

»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,
 »Y en pie no hoy mole ya ni canto alguno,
 »La ciudad en su asiento bambalea

»A golpes del tridente que Neptuno
 »Sacude. Acá sobre la puerta Escea
 »Ante todos safiuda avanza Juno,
 »Y audaz, cubierta de acerada escama,
 »La amiga tropa de las naves llama.

CXX.

»Torna, torna a mirar: Pálas cruenta
 »Ya los altos alcázares domina.
 »Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta
 »La terrible cabeza serpentina.
 »A los Dánaos el Padre mismo alienta,
 »El Padre universal, y en la divina
 »Legión contra tu Patria iras enciende.
 »Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

CXXI.

»Nada temas: tu planta irá segura
 »De la paterna casa a los umbrales;
 »¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura
 Encubrióse, al decir palabras tales.
 Entonces la terrífica figura
 Vi de adversas deidades colosales;
 La hoguera vi donde Ilion se abrasa;
 Y Troya conmovida por su basa,

CXXII.

»Cual viejo fresno que la ufana frente
 Señorease sobre el monte enantes,
 Y hora en redor la campesina gente
 Le diese al tronco hachazos incesantes;
 Que la alta copa temerosamente
 Estremece a los golpes resonantes,
 Y amenaza, y restalla, y de la cumbre

Desploma con fragor su pesadumbre.

CXXIII.

»Desciendo, en fin; mis pies mi madre guía;
Campo las armas dan, receja el fuego.
Mas no bien de la antigua casa mía
A los umbrales anhelante llego,
Mi padre, ¡ay! el primero a quien quería
Fuera llevarme, niégase a mi ruego.
Pues sobre tantas ruinas apellida
Vil el destierro y mísera la vida:

CXXIV.

«¡Huid los que en lozana primavera
»Corazón abrigais esperanzado:
»No así el Cielo mi nido destruyera
»Si fuese mi existencia de su agrado!
»¿Qué aguarda el que la Patria ya a extranjera
»Cadena vio doblarse? demasiado
«Sobrevivo al estrago de los míos;
»¡Oh! ¡dadme el adiós último, y partíos!

CXXV.

»Avara del botín, condolecida
»De mi miseria, el fin dará que aguardo
»Alguna mano a mi cansada vida;
»Ni por falta de tumba me acobardo.
»A mi inútil vejez, aborrecida
»De los Dioses, el término retardo
»Desde que plugo al brazo omnipotente
»Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

CXXVI.

»Mi padre así tendido en tierra dijo;

Y vanamente en lágrimas bañados
 Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,
 Todos le suplicamos apiñados
 No así mal tanto consumase, fijo
 En afrontar los inminentes hados;
 Mas él, sordo al solícito lamento,
 Mantiénese en su puesto y firme intento.

CXXVII.

»Torno a las armas, y el arnes requiero,
 Y a morir batallando me preparo;
 Ni más alivio a mi dolor espero,
 Ni otra salida, ni mejor reparo.
 «¡Oh padre mío!» en mi dolor profiero;
 «¿Y pudiste idear que en desamparo
 »Te abandonase por salvarme? ¿Agravios
 »Vierten cual éste paternas labios?

CXXVIII.

»Si es que completa asolación previene
 »A Troya el Cielo en su insaciable enojo,
 »Si la medida quieres que se llene
 »Con nuestros restos, cumplirás tu antojo:
 »Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene:
 »Pirro con sangre del Monarca rojo,
 »De cuyo brazo matador no ampara
 »Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

CXXIX.

»¿Y a ésto sólo me sacas, alma Dea,
 »Salvo por medio del adverso bando?
 »¿A que testigo en mis hogares sea,
 »No ya en la lid, de su rencor infando?
 »¿A que, uno entre la sangre de otro, vea

»Hijo, padre y esposa agonizando?
»¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora
»Llama al vencido, amigos, vengadora!

CXXX.

»¡Tornar dejadme a la ardua lid! Mi diestra,
»Renovará el conflicto: al fin, vengada
»Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»
Dije, a la cinta acomodé la espada,
Y el escudo embrazando a la siniestra,
Ya iba a salir, cuando mi esposa amada ,
Se echa a mis pies en el umbral de hinojos,
Y nuestro dulce hijo alza a mis ojos.

CXXXI.

«Si es morir lo que atentas,».me decía,
«Todos iremos a morir contigo;
»Mas sí aun tu brazo de las armas fia,
»Primero es que defiendas este abrigo.
»¡Cómo! tu hijo, tu padre la que un día,
»Buena esposa llamaste, ¿al enemigo
»Así vas a entregar?» Tal su desgracia
Gime; el eco en los ámbitos se espacia.

CXXXII.

»Súbita maravilla sorprendente
 De todos luego las miradas llama:
 En medio del abrazo y el doliente
 Coloquio paternal, brota una llama
 De Ascanio en la corona, y por su frente
 E ilesos rizos mansa se derrama:
 Quién, al verle, el cabello le sacude;
 Quién ya con agua, en su temor, le acude.

CXXXIII.

»Mas mi padre con plácida alegría
 El rostro augusto eleva; ambas las manos
 Tiende, y al cielo esta plegaria envía:
 «¡Omnipotente Júpiter, si humanos
 »Ruegos te mueven a clemencia pia,
 »Una mirada compasiva dános!
 »Sí merecemos protección, propicio
 »Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

CXXXIV.

»A estas voces en súbita estampida
 Tronó a la izquierda; y por el vago cielo
 Rápida estrella de esplendor vestida
 Hendió a la noche el nebuloso velo:
 Llegaba hacia nosotros, cuando al Ida,
 Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;
 Su luengo sulco blanda luz señala,
 Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

CXXXV.

»Convéncese mi padre, se levanta,
 Da gracias a los Númenes, y adora
 La luz divina. «Gobernad mi planta,»

Dice: «no más suscitaré demora.-
»Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa
»Reconozco que a Troya cubre ahora:
»¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!
»Partamos, hijo; la Deidad respeto.»

CXXXVI.

»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha
Más y más cerca el fuego turbulento
Que con los muros y edificios lucha
Su furor avivando y movimiento.
«Sube en mis hombros, padre: a fe que mucha
»No ha de serles la carga: en todo evento
»Uno sea el peligro a entrambos; una,
»O piadosa o adversa, la fortuna.

CXXXVII.

»Ascanio venga de su padre al lado,
»Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;
»Y todos en los ánimos grabado
»Tened lo que os encargo en esta huida:
»Bien sabéis, servidores, de un collado
»Que está de la ciudad a la salida,
»Do de Céres ruinoso un templo antiguo
»A un vetusto cipres yace contiguo:

CXXXVIII.

»Cipres que nuestros padres reverentes
»Honraron siempre en sus felices días;-
»Allí nos juntaremos, diligentes
»Sendereando por diversas vías.
»Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes
»Refriegas salgo; si las manos mías
»Pusiese en ellos, en corriente clara

»No lustradas aún, los profanara.»

CXXXIX.

»Callo; y encima del común vestido,
Con una piel bermeja leonina
Los anchos hombros encubrirme cuido,
Y al grato peso mi cerviz se inclina.
El tierno Ascanio, de mi mano asido,
Conmigo a paso desigual camina:
Quedóse atrás mi esposa: opaca niebla
En torno nuestro los espacios puebla.

CXL.

»Mas yo que en la ciudad momentos antes
No temí de la lid el alto estruendo,
No las armas, no griegos batallantes
Remolinados en tropel horrendo,
Ahora al sonar las auras oscilantes,
Al más leve ruido me suspendo,
No temeroso por la vida mía,
Si por mi dulce carga y compañía.

CXLI.

»Parecíame ya llegar seguro
Al deseado fin, cuando repente
Cual de veloces pies que el suelo duro
Batiesen, sordo estrépito se siente;
Y mi padre mirando de lo oscuro,
«Hijo, » dice, «huye, hijo; asoma gente:
Desvía; el temeroso centelleo
De las rodela y corazas veo.»

CXLII.

»Ah! en tanto que mi pie medroso, excusa

Por ignoradas vueltas el camino,
 No sé qué ívido Dios, mi ya confusa
 Razón de lleno a desquiciarme vino:
 No supe más que fue de mi Creusa;
 Si la detuvo mi cruel destino,
 Si erró la vía, o se sentó cansada;
 De entonces más, a mi clamor negada.

CXLIII.

»Ni la eché menos hasta haber llegado
 Todos los míos, con turbada huella,
 Al templo antiguo y salvador collado:
 Reunímonos; ¡faltaba sola ella!
 Faltaba a su hijo, en lágrimas bañado;
 Faltaba a mí, que en áspera querella,
 ¡Oh entre males tamaños mal supremo!
 De hombres y Dioses con furor blasfemo.

CXLIV.

»Hijo, y padre, y penates encomiendo,
 Puestos y ocultos en profundo valle,
 A mis amigos: despechado emprendo
 La ciudad recorrer hasta que halle
 La infelice consorte; y no temiendo
 Volver a abrirme entre enemigos calle,
 Me ciño de la fúlgida armadura,
 Y entrégome al dolor y a la ventura.

CXLV.

»Llego primero al murallón oscuro,
 Puerta y umbral por do pasado había;
 Esfuérmome a mirar, y mal seguro
 Sigo por rastros una y otra vía.
 Horror, silencio en el desierto muro

Sólo hallar pude. A la morada mía
Acudo, por si allá mi compañera
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

CXLVI.

»Mas de los enemigos mi morada
Presa era ya: la llama devorante
Por el Ábrego rápido aventada,
Crece, sube, revuélvese ondeante.
Enderezo al alcázar, y en la entrada
Del sagrario de Juno (en lo restante
Abandonada ya la ciudadela),
Hacen Fénix y Ulíses centinela:

CXLVII.

»De los templos tornados en pavesas
Custodían el espléndido tesoro,
Vestés sacerdotales, sacras mesas,
Macizos vasos de luciente oro.
Víanse en torno de las ricas presas
Niños sumidos en confuso lloro,
Mustias las madres que el dolor embarga,
Cautiva muchedumbre en rueda larga.

CXLVIII.

»Allí sin fruto y por doquier demando
El bien perdido: una vez y otra al viento
Su nombre doy, los ámbitos llenando
Con la cascada voz de mi lamento.
Así por las sombrías calles ando
En su busca con ciego desatiento,
Cuando al paso atraviésase y me nombra,
Pálido, alto fantasma; -era su sombra.

CXLIX.

»Tiémblame el corazón, se me eneriza
El cabello, la sangre se me hiela:
Mas ella hablando así me tranquiliza
Y futuros destinos me revela:
«¿Por qué tu corazón se martiriza,
»O a do tu loca fantasía vuela?
»Templa el furor: no temerario oses
»Al imperio oponerte de los Dioses.

CL.

»Vencer no pienses mi eternal reposo,
»No contigo llevarme a otra ribera:
»Védalo aquél que todopoderoso
»En las sedes olímpicas impera.
»Vasto mar que surcar, amado esposo,
»Largo destierro que cumplir te espera;
»Mucho errarás; empero, finalmente,
»Llegarás a las playas de Occidente:

CLI.

»A Hesperia, patria de ínclitos varones,
»A donde ameno y dilatado ondea
»El lidio Tibre, que en besar los dones
»De sus fértiles ribas se recrea.
»Ancho imperio, magníficos blasones,
»Régia consorte encontrarás; ni sea
»Mi memoria a tu pecho dolorosa:
»Harto has llorado a tu apartada esposa.

CLII.

»Que no a la nuera de la cipria Diva,
»La hija del frigio Rey, reduce el hado
»A sierva humilde de matrona aquiva:

»¡No irá a ver, no, del vencedor airado
»Soberbios techos mísera cautiva!
»La madre de los Dioses a su lado
»Me azcoge. ¡Adiós! por nuestro Ascanio vela;
»¡Amale siempre, y tu dolor consuela! »

CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
Mil cosas fui a decir, cuando en sombríos
Celajes se encubrió. Tres veces le echo
Al cuello los amantes brazos míos,
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
Contra el burlado corazón vacíos,
Desvanecida a mi anheloso empeño
Cual humo vano o fábrica de un sueño.

CLIV.

»La noche terminó con mi porfía,
Y torné. Con portátiles haberes
Notable multitud llegado había,
Ausente yo, cabe, el altar de Céres.
Apellídanme todos jefe y guía:
«Contigo,» dicen, «a doquier esperes
»¡Ay! alejarnos del confin troyano,
»Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,
Y larga y miserable muchedumbre.
Y ya anunciaban pálidos reflejos
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
Ocupadas las puertas a lo lejos,
Huye de auxilio la postrer vislumbre:
Cedo a la suerte: a recibir me inclino
Mi padre, y a los montes, me encamino.

LIBRO TERCERO

I.

«Después que el Cielo la inculpada gente
De Príamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecía;
También por alta inspiración presente,
Mas sin saber por dónde el hado guía
O do hemos de parar, labramos pinos
Que a otras playas, nos lleven peregrinos.

II.

»Éramos cabe Antandro congregados
Al pie de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto dejo, y los amados
Campos do Troya fue; y a la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiezo a engolfar en altos mares.

III.

»Cae por allá un país que Marte ampara
Y el austero Licurgo rigió un día;
Extensas tierras son que el Trace ara,

A quien ley de hospedaje nos unía;
 Y viéronse sus Dioses en un ara
 Con los Dioses de Troya en compañía
 Cuando imperio feliz fuimos: ahora
 Allí arribamos con humilde prora.

IV.

»Fundé en su corva orilla la primera
 Ciudad, y a sus colonos apellido,
 En mi memoria, Enéadas; mas era
 Infausto el punto. Mal correspondido,
 A mi madre: la Diosa de Citera,
 Y a los electos Númenes convidó;
 Y en balde un toro albo, como a solo
 Rey de los Dioses, al Saturnio inmoló.

V.

»Era allí un cerro, y en su cima había
 De puntas erizado un mirto: atento
 La ara a vestir de verde lozanía,
 Acudo, y ramas arrancar, intento.
 Mientras raíces desvolver porfía
 Mi mano (¡oh singular, oh atroz, portentoso!)
 Brotar contemplo de las ramas rotas
 Sangre que el suelo empapa en negras goras.

VI.

»De espanto helado el corazón flaquea;
 Mas recobrado tiro de otra rama
 Por descubrir lo que el prodigio sea,
 Y otra vez sangre el vástago derrama.
 Confuso, dando de una en otra idea,
 Ya a Marte invoco que a los Getas ama,
 Ya a las huéspedes Ninfas de la selva

Porque el signo de horror fausto se vuelva.

VII.

»Con esta mira y con esfuerzo nuevo
 Tercera rama desraigar decido;
 Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo,
 Su rigor a vencer, siento un sonido
 (No sé si ose decir, o callar debo):
 Una voz funeral hiere mi oído:
 «¡Ay! ¿por qué Enéas, las entrañas mías
 »Rompes? ¡No manches más tus manos pias!

VIII.

»Hijo yo fui de la nación troyana,
 »¿Y al que ya conociste ofendes muerto?
 »¡Esa sangre no es de árboles do mana!
 » ¡Ah! ¡quede esta región, huyas te advierto;
 »Aurívora región, playa inhumana!
 »Yo Polidoro soy: yace cubierto
 »Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,
 »Ahora en ásperas ramas convertidas.»

IX.

»Adolorido, absorto me suspendo,
 Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!
 El mismo ¡ay! a quien Príamo, sintiendo
 Vacilar en su mano el cetro de oro
 Al amago de ejército tremendo,
 Fió en secreto espléndido tesoro,
 Y a que ajeno creciese a la desgracia,
 A cargo le envió del Rey de Tracia.

X.

»Mas el perverso príncipe, copiando

En su porte mudanzas de la suerte,
 Triunfante al ver de Agamemnon el bando
 En contra del caído se convierte;
 Y todo fuero: con furor nefando
 Atropella, y al mísero da muerte,
 Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,
 Sacrilega sed de oro, no persuades?

XI.

»Vuelto en mí del espanto que me huela
 Hablo a mi padre, y a los jefes junto,
 Lo que voz misteriosa me revela,
 Narro, y el parecer común pregunto.
 Todos proponen darnos a la vela
 "Y aquel sitio de horror dejar al punto;
 No sin que al desdichado compatriocio
 Pagado hayamos el postrer oficio.

XII.

»Túmulo, pues, alzámosle de arena,
 Y a los manes dos aras que guarnecen
 Cipres y tristes fajas; la melena
 Sueltan matronas que en redor parecen.
 Altos vasos que o leche tibia llena,
 sangre consagrada, allí se ofrecen:
 La tumba al alma errante da acogida,
 Y clamamos la eterna despedida.

XIII.

»Así las sacras ceremonias, graves
 Cumplido habiendo, a la señal primera
 Que el Austro da con hálitos suaves
 De que onda masa nuestra flota espera,
 Corremos a la mar: sacan las naves

Mis compañeros, cubren la ribera;
 Cruzamos ya los líquidos desiertos,
 Y atrás irse miramos playas, puertos.

XIV.

»Allá en mitad de los Egeos mares
 Hay una isla entre todas la más grata,
 Que, Númenes por siempre tutelares,
 A Dóris bella y a Neptuno acata:
 Ella un tiempo rondaba los lugares
 Convecinos; ya errante el mar no trata;
 Apolo entre las Cíclades fijóla,
 Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

XV.

»Allí abordamos, y el dichoso abrigo
 Gozamos con que el puerto nos convida;
 Mientras de Apolo la ciudad bendigo,
 A darnos sale el Rey franca acogida.
 Anio en mi padre abraza a un viejo amigo;
 Anio, a quien, porque al par que le apellida
 Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,
 Con la ínfula e1 laurel la sien le asombra.

XVI.

»Yo al templo secular devoto llego:
 «¡Buen Dios!» exclamó, «¡término seguro
 »Dá a, nuestro error, a nuestro afán sosiego,
 »Dá fundar feliz prole y propio muro!
 »Nueva Troya lo llames o del fuego
 »Hurtados restos y de Aquíles duro,
 »Salva el tesoro, tú, que va conmigo;
 »Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?

XVII.

»Señal dá, en fin, y a nuestra mente envía
»Tu inspiración.» Callé, y en tal momento
Ya el pórtico, ya el lauro se movía,
Y el nixte en torno retembló en su asiento.
El velo que la trípode cubría
Gimió, abrióse el sagrarlo: al pavimento
Inclinamos las frentes confundidos,
Y sacra voz hirió nuestros oídos:

XVIII.

«¡Fuertes Troyanos! ved que la fortuna
»Hinchado el seno de la patria os muestra
»Que a vuestra raza fomentó en la cuna;
»¡Buscad, buscad la antigua madre vuestra!
»Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,
»Cimentará su casa, y de su diestra
»El cetro heredarán sobre las gentes
»Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

XIX.

»Habló Apolo; y llenó los corazones,
Amargada por dudas, la alegría,
Pues «¿Dó aquellas están patrias regiones?»
Preguntábamos todos a porfía.
Mi padre ya de viejas tradiciones
Recuerdos en su mente revolvía:
«¡Oíd, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,
»A vuestras esperanzas interpreto.

XX.

»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,
»Cuna ya nuestra, con su monte Ida,
»Cuna también de Júpiter sagrada,

»De cien ricas ciudades guarnecida.
 »Trocó el gran Teucro esa feliz morada
 »Con la retea costa: a su venida
 »Ni allí a Pérgamo halló, ni halló poblados,
 »Sino hombres por los valles derramados.

XXI.

»Él, si éstas que aprendí no son infieles
 »Memorias, los cimientos sociales
 »De Troya echó, y el culto de Cibéles
 »Trajo, con sus misterios y atabales,
 »Los carros con leones por corceles,
 »Los bosques sacros, y aún en nombre iguales,
 »¡Partamos! el oráculo dichoso
 »Allá nos llama, a la región de Gnoso.

XXII.

»Ni estamos lejos de su orilla grata;
 »Tres luces gastaremos. Falta sólo
 »Que aplaquen dones al que el mar maltrata,
 »Que amparo preste el que serena el polo.»
 Dice, y en la ara sendos toros mata
 A Neptuno y a ti, divino Apolo;
 Sendas ovejas al Invierno negra,
 Blanca a Favonio que la mar alegra.

XXIII.

»La voz se esparce que del patrio suelo
 Proscrito Idomenco huído había,
 Que a huéspedes librando de recelo,
 Creta sus puertas solitaria abría.
 Y así a Ortigia dejando, hendiendo a vuelo
 El mar, a Nájos báquica y sombría
 Costeando vencemos, a Oleáros,

Verde Donisa y albicante Páros.

XXIV.

»Entramos por las Cíclades ligeros
el mar corremos de islas esparcido,
Y emúlense, al pasar, mis compañeros
Con clamores y náutico ruido;
«¡A Creta! ¡a Creta!» gritan vocingleros;
«¡A nuestra patria, a nuestro antiguo nido»
E hiriéndonos en popa aura serena,
Al fin tocamos la anhelada arena.

XXV.

»Fundé una villa, mi dorado sueño,
Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos
A los colonos miro, y los empeño
A alzar el muro y a arraigarse hermanos.
Yace en la enjuta orilla el hueco leño:
Yo dicto común ley, reparto llanos;
Y a cultivar se entregan los mancebos
Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

XXVI.

»He aquí, el aire infestando de repente,
El contagio cruel sacude el ala;
Infausto nuncio de estación doliente,
Los arboredos y sembrados tala:
La vida va arrastrando falleciente
Quien ya el aliento último no exhala.
El Can ardiente estrago sordo hace:
Marchito el lustre de los campos yace.

XXVII.

»Y, sustento negando yermo el suelo,

Mi padre del oráculo divino
Manda que vamos a implorar consuelo
Tornando a abrirnos por el mar camino:
Que cuál término, diga, al mustio duelo
De este pueblo reserva peregrino;
A quién habemos de acudir; a dónde
Enderezar el rumbo corresponde.

XXVIII.

»Era alta noche y muda: en mi retiro
Yacía yo, la mente aletargada,
Cuando delante a los Penates miro
Que hurté al incendio en la fatal jornada.
Por mis ventanas, en su errante giro
Lograba a la sazón la luna entrada,
Y del brillo bañados macilento
Ellos me hablaban con benigno acento:

XXIX.

«No temas,» me decían; «pues de parte
»De Apolo, que oficioso nos envía,
»Los destinos venimos a anunciarte
»Que el, volviendo tú allá, te anunciaría.
»Tu brazo, nos salvó de adverso Marte,
»Librónos tu piedad de llama impia;
»Hemos seguido tu fortuna, y fieles
»Navegamos contigo en tus bajeles.

XXX.

»En grato premio a tu favor, mañana
»Al cielo hemos de alzar tus descendientes;
»Mas hoy, a esa ciudad que soberana
»Herencia haremos de invencibles gentes
»(Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana.

»Lo harás, si en largo viaje no consientes
»Reposo: asiento muda: el Dios profeta
»No te brindó con descansar en Creta.

XXXI.

»Hay de antiguo un país, con apellido
»De Hesperia por los Griegos señalado,
»Pueblo en trances de guerra asaz temido,
»Tierra asaz grata a la labor de arado.
»Fue primero de Enotrios poseído,
»Y hoy Italia se nombra, por dictado
»De famoso caudillo procedente,
»Si ya constante tradición no miente.

XXXII.

»¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!
»Que allí Dárdano y Yasio nacimiento
»Tuvieron; aquel Dárdano, Primera
»Cepa de nuestra raza. Tú contento
»Ve, y de ello al viejo genitor entera
»Por cierto. Y de Corito en seguimiento
»A los ausonios términos navega.
»Mansión en Dicte Júpiter te niega.»

XXXIII.

»Comó esto vi y oí (no en sueños vanos
Eran; que bien las, tienes discernía
Veladas, y los rostros soberanos,
Y aún bañaba en sudor mi frente fría),
Salto del lecho atónito: las manos
Extiéndo suplicante; ofrezco pia
Libación en mi hogar: de ahí contento
Corro a mi padre, y la visión, le cuento.

XXXIV.

»Del doble origen la falacia siente
 Él, y confiesa que sufrido había
 Con, la antigua seria error reciente,
 «Hijo,» así hablaba, «a quien la suerte
 »Burla cruel! Casandra solamente
 »Hizo de estos sucesos, profecía;
 »Y a menudo se oyó, recuerdo ahora,
 »¡Hesperia! ¡Italia! de su voz sonora.

XXXV.

»Mas quién iba a pensar que a Hesperia iría
 »Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera
 »A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guía
 »Voz infalible que, partir imperal»
 Tal dijo, y aplaudimos, a porfía.
 Quedan algunos en la infiel ribera;
 Y el áncora levando y la esperanza
 El hueco leño, al pielago se lanza,

XXXVI.

»Cuando ya nos hubimos engolfado,
 Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa
 Sino el cielo y el agua, azul nublado
 Sobre mi nave sólido se posa
 De lóbreguez y tempestad cargado;
 Con tristes amenazas espantosa
 La ecuórea inmensidad se entenebrece,
 Esfuérganse huracanes, la onda crece,

XXXVII.

»¡Tristes! que arrebatándonos el viento
 Y entre la vasta extensión, a golpe duro,

Relámpagos cruzando el firmamento,
 Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.
 Todo es horror el húmedo elemento:
 ¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro
 Nada distingue; en negro torbellino
 Sacudido del rumbo, perdió el tino.

XXXVIII.

»Ya tres días llevábamos enteros
 Y tres noches a oscuras, desmandados,
 Cuando lejos notamos placenteros
 Visos de tierra, y asomar collados,
 Y humo al cielo subir. Los marineros
 Las antenal calando arrebatados,
 Asen del remo, y al batir contino
 Cubren de espuma el líquido camino.

XXXIX

»Al suyo las Estrófades, del seno
 Librados de las ondas, nos invitan:
 Ínsulas son que con renombre heleno
 En el vasto mar Jonio se acreditan.
 Allí, allí la terrífica Celeno
 Y las arpías de su casta habitan,
 Del timpo en que de Fineo y sus moradas
 Las alejó del temor, nunca saciadas.

XL.

»¡Arpías, horda atroz, monstruos furiales,
 Generación igual jamás vio el mundo
 Ni peste más cruel a los mortales
 Envió el cielo ni abortó el profundo:
 Alado el cuerpo, rostros virginales;
 Arroja el seno vil vestigio inmundo;

Corvas manos y pies, garfios rapantes
Pálidos siempre de hambre los semblantes.

XLI.

Aun no bien nuestra flota anclado había,
Cuando notamos por allí ganados
Vacunos y lanares, ir sin guía,
Ledos paciendo en abundosos prados.
Hicimos en la grey carnicería;
Brindamos con los fáciles bocados
A los Dioses, a Júpiter; y a priesa
Aderezamos la campestre mesa.

XLII.

»Ya el manjar succulento en sillas blandas
De céspedes gustábamos. En ésto
Dejan sus montes las aéreas bandas
Con ala resonante y salto presto;
Nos rapan de revuelo las viandas;
Todo lo manchan con su aliento infesto;
Y fuera de ofender vista y olfato,
El viento hieren con aullido ingrato.

XLIII.

»De ahí en el hueco de un peñón antiguo
Otra vez el banquete cauto extendo,
De corvas selvas al repuesto abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo.
Ya ponía en el ara el fuego amigo,
Y otra vez de cien partes con estruendo,
Baja improviso el escuadrón nefando,
Y royendo revuela y escarbando.

XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla
Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:
Y ocultamos a intento de batalla
Entre las hojas y el verdor ameno
Cuchillas y broqueles. Todo calla...
Mas ya que por la orilla vio Miseno
Que acuden en tropel, de una alta roca
Do atalayaba, su bocina toca.

XLV.

»Corremos a la seña, en lid no usada
La impia raza a extirpar del mar salida
Mas ¡vano esfuerzo! que lesión la espada
No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.
Infectan cuanto muerden de pasada,
Y hedor esparcen en su impune huida;
Y una de ellas, Celenó, en yerta altura
Infausta así, con voz siniestra augura:

XLVI.

«Vinisteis a matar nuestros rebaños,
«Hijos, de Laomedon! ¡manos impías!
»Y en guerra de sus patrios aledaños
»Quereis lanzar, sin culpa, a las Arpías!
»¡Pues oid y temblad horribles daños!
»Catad, lo que os anuncio en profecías
»La mayor de las Furias: trasmitiólo
»A Febo Jove, y a Celeno Apolo.

XLVII.

»Buscáis a Italia con errante quilla,
»Y cierto que con vientos aplacados
»Ireis a Italia, y cobrareia rilla
»Que os, diputan. benévolos los hados;

»Mas no podréis la deseada villa
 » Ceñir, sin que a expiar desaguisados
 »Con fuerza antes os mueva el hambre aciaga
 »Tal, que aún las mesas devorar os haga. »

XLVIII.

»Dijo, y al bosque aleteando vuela.
 A influjo de su voz mis compañeros,
 A quien la sangre de terror se hiela,
 Con el brío deponen los aceros.
 Ya con votos, con súplicas se apela
 A pedir paz y a deshacer agüeros,
 Ora malvadas y aves ominosas
 Sean aquellas, o terribles Diosas.

XLIX.

Y vuelto Anquíses hacia el mar, las manos
 Extiende, y con solemnes sacrificios
 Los Númenes invoca soberanos:
 «¡Dioses!» clama, (¡torced tales auspicios!
 »¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!
 » ¡A un pueblo justo defended propicios!»
 Dice, y cables soltar en el momento
 Manda, y las lonas descoger al viento.

L.

»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto
 Las velas que a sus soplos confiamos;
 Merced suya, y en manos del piloto,
 Entre espumosas ondas navegamos:
 Zacinto se aparece, ameno soto,
 En medio de la mar: Duliquio, Sámos;
 Ardua y fragosa Néritos se ostenta,
 Ítaca con escollos fraudulenta.

LI.

»Huimos de ellos, y del patrio clima
De Ulíses maldecimos. Adelante
Léticates yergue su nuilosa cima,
Apolo hace temblar al navegante.
Allá torcemos: fatigada arrima
A la humilde ciudad la flota errante;
Ya a proa el marinero anclas arroja;
Ociosos cascos la ribera aloja.

LII.

»En no soñado asilo aras enciendo
Do mis votos a Júpiter desato;
Y en tierra de Accio, celebrar emprendo
Juegos de Frigia. El patrio pugilato
Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,
Renuevan con ardor. Recuerdo es grato
Haber vencido riesgos y fatigas
Entre tantas ciudades enemigas.

LIII.

»El sol a la sazon su añal carrera
Concluía, y con hálitos glaciales
El cierz aborregaba la onda fiera.
Fijé a un poste, del templo a los umbrales,
Como escudo que el grande Abas trajera,
Y del caso en memoria, letras tales:
MONUMENTO GANADO A LAS AQUEAS
TRIUNFANTES HUESTES: CONSAGRÓLO ENÉAS.

LIV.

»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro
Del batido oleaje, las arenas;

Pronto las cumbres de Feacia miro,
 Y tórnanse a esconder, vistas apenas.
 Llegamos al Caonio puerto, a Epiro
 Costeando, y pedimos las almenas
 Excelsas de Butroto. Aquí una nueva
 Dichosa hallamos que increíble eleva.

LV.

»Oigo que en griego territorio impera
 Heleno, hijo de Príamo, debido
 A ser de la Viuda y heredera
 De Pirro, nieto de Éaco, marido;
 Que así el antiguo rango recupera
 Andrómaca. Turbado, conmovido,
 De amor llevado, de ansiedades lleno,
 La playa dejo y flota, y voy a Heleno.

LVI.

»He aquí con sacros funerales dones.
 Antes de la ciudad, en selva umbría,
 Cabe un fingido Simois, libaciones
 Al caro polvo Andrómaca ofrecía;
 Y los manes con tristes oraciones
 A la tumba llamaba, que vacía
 De verde césped, a Héctor dedicara.
 Y una, motivo al llanto, doble ara.

LVII.

»Tal Andrómaca estaba en el instante
 En que, subiendo yo por el camino,
 A mi propio y las armas delirante
 Vio de Troya; y del caso peregrino
 Pasmada al punto queda: vacilante,
 Perdió el rostro el color, la planta el tino;

Y solo a obra de tiempo el labio mudo
Articular sueltas palabras pudo:

LVIII.

«¿Qué en fin te miro en corporal figura?
»¡Hijo de Venus! ¿mensajero cierto
»Me apareces? ¿aún gozas la aura pura?
»¡Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?»
Esto dijo llorando, y la espesura
Llenaba su clamor. Su desconcierto
Febрил, dejóme sin respuesta; al cabo
Mal breves frases anheloso trabo:

LIX.

»No dudes palpas realidades. Vivo,
»Y a cien peligros arrojé mi vida;
»Mas véme: salvo a tu presencia arribo.
»¡Ah! ¡y de tan gran varón destituida,
»Pobre mujer! ¿Te vuelve el hado esquivo
»Algo de tu ventura merecida?
»Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,
»¿Yaces aún avasallada esposa?

LX.

»Ella el rostro inclinando, recobrada,
Con voz sumisa su dolor expresa:
«¡Oh entre todas nosotras fortunada
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,
»Que al pie del patrio muro, por la espada
»Fuiste a morir sobre enemiga huesa!
»Que ni suertes sacaste a tu despecho,
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

LXI.

»No así la que incendiados sus hogares,
»Sufrió a un duro jayan, de raza altiva
»Sufrió el rigor, y por remotos mares
»Anduvo errante, y concibió cautiva!
»Y después que probé tantos azares,
»El tirano raptor en llama viva
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,
»Y a Esparta corre do en su amor se enreda.

LXII.

»Entonces a un esclavo dio su esclava;
»Cedióme a Heleno. Oréstes que veía
»Quitársele su esposa, se abrasaba
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;
»Y ante el paterno altar a hierro acaba
»Desprevenido a su rival un día;
»Conque Heleno, de siervo que antes era,
»Cobró aquestas regiones en que impera.

LXIII.

»Él, de entonce a sus campos y poblados
»Apropió de Caonia el apellido,
»En honor de Caon; y en los collados
»Que ves, segundo Pérgamo se ha erguido
»Favorables de guía te han servido?
»¿Qué aura feliz, cuál misteriosa fuerza
»Causa es, que acá tu nave el rumbo tuerza?

LXIV.

»¿Qué se hizo Ascanio? ¿vive, aún? Y aquella
»Que en la noche fatal ... ? ¡Destino impío!
»Pobre niño, ¿recuerdosguarda de ella?

»¿Le anima a la virtud, al patrio brío,
»Ver cuál dejan de sí brillante huella
»Enéas, su buen padre, Héctor, su tío?»
Así hablaba llorando, y vanamente
Corría de sus lágrimas la fuente.

LXV.

»Heleno, que hacia allí bajando vino
Con gran cortejo, nos conoce en tanto,
Y a la ciudad nos guía, y de camino
Nos habla con palabras y con llanto.
Yo, andando, reconozco o adivino
Nueva Troya, otro Pérgamo, otro Janto,
Bien que aquel breve y pobre aquéste sea,
Y abrazo en mi ilusión la puerta Escea.

LXVI.

»Cual propia, en la ciudad mis compañeros
Entran: pórticos que amplios los reciban
Les abre Heleno, y de ellos los primeros
En fuentes, tazas de oro, comen, liban;
Llenas copas empinan placenteros,
Y resuena el salón. Así se iban
Corriendo un día y otro. El soplo austrino
Ya hinchaba, voceando, el vago lino.

LXVII.

Antes, empero, de soltarlas naves,
Yo a Heleno interpele con tales voces:
«Tú que de Febo los misterios sabes,
»Y sus lauros y trípodes conoces;
»Tue entiendes los astros, y las aves
»Con su canto augural y alas veloces;

»Troyano vate, intérprete del Cielo,
»Con alta inspiración calma mi anhelo!

LXVIII.

»Profecías, oráculos, deidades
»Trázanme rumbo de asechanza ajeno,
»Señalando repuestas heredades,
»Nombrando a Italia. Sola ya Celeno
»Cruda hambre anuncia, acerbadas novedades;
» ¡Arpía atroc! ¡aviso de horror lleno!
»Tú, ¿cuál riesgo evitar me importa, y cómo,
»Dí, amagos frustrado y contratiempos domo?»

LXIX.

»Él toros antes, como el rito manda,
Inmola; descinó la venda pia;
El favor de los Númenes demanda,
Y por la mano hacia el altar me guía.
¡Oh Febo! en tu presencia veneranda
Temor yo entonces y temblor sentía,
Cuando comienza, sacerdote sabio,
Heledo a hablar con inspirado labio:

LXX.

»¡Hijo de Venus! no del prez receles
»Que te anuncian auspicios celestiales:
»Tal es la voluntad de Jove, y fieles
»Tal la necesidad, tus hados tales.
»Empero, porque rueden tus bajeles
»En tu navegación ahorrando males,
»Y firme gozo al aferrar te quepa,
»Tus destinos, de hoy más, tu mente sepa.

LXXI.

»Cosas hay que decillas Juno, es cierto,
»O sabellas tal vez las Parcas vedan;
»Mas yo entre mucho lo esencial te advierto
»Y anuncios doy que aprovecharte, puedan.
»Ante todo, a esa Italia, vega y puerto
»Que a tu corto entender cercanos quedan,
»Aun de tí la separan, a fe mía,
»Largo espacio interpuesto y larga vía.

LXXII.

»Y A fe que el rezno blandear se vea
»Del mar Trinacrio y Tusco en los cristales,
»Y la ínsula de Circe, hija de Ea
»Visites, y los lagos infernales,
»Tiempo antes que de tí fundado sea
»Estable muro. Agora las señales
»Escucha de la tierra prometida,
»Y en la memoria conservarlas cuida.

LXXIII.

»Cuando oculto randal con planta lenta
»Rondando fueres caviloso un día,
»Si allí una hembra de cerdo corpulenta
»Al margen ves entre robleda umbría,
»Con treinta lechoncillos que alimenta,
»Alba, en torno a sus ubres la alba cría,
»Esa es la seña: allí podrás, te auguro,
»De afánes tantos descansar seguro.

LXXIV.

»Ni el pronóstico tiembles de comeros
»Hasta las mesas: os oirá benino
»Apolo, y a cumplirse los agüeros
»Vendrán sin daño por mejor camino.

»Mas de la ítala costa a, do con fieros
»Tumbos va a desbravarse el mar vecino,
»Huye, que todas por ahí moradas
»Son, de pérfidos Griegos habitadas.

LXXV.

»Fundada por los Locros aparece
»Naricio allá: con militar arreo
»Los campos Salentinos, que enaltece
»Procedente de Licto Idomeneo:
»Allá humilde Petilia, a quien guarnece
»Filoctétes, caudillo melibeo:
»Huye en suma y traspuestos esos mares,
»Grato, saltando en tierra, eleva altares.

LXXVI.

»El voto entonces cumplirás, la frente
»Cubriendo en torno de purpúreo velo,
»No sea que ante el fuego sacro, ardiente
»En honor de los Númenes del Cielo,
»Hostil presencia, súbito accidente
»Al rito dañe. Con piadoso celo
»Guardad esta costumbre los Troyanos;
»La guarden vuestros nietos más lejanos!

LXXVII.

»Ya que al confín te impela siciliano
»El viento, y de Peloro el paso estrecho
»Más ancho mires cuanto más cercano,
»Entonces rodeando, largo trecho
»El rumbo sigue hacia la izquierda mano;
»Trata el siniestro lado, huye el derecho.
»Y vé en ese pasaje tú pondera
»Cuál la avanzada edad todo altera.

LXXVIII.

»Eran en uno entrambos continentes;
»Mas vino el mar con ímpetu y ruina
»Y con sus olas separó rugientes
»De la sícula costa la vecina.
»Opónense de entonces diferentes,
»Y opresa en el canal la onda marina,
»Tal vez muros, tal vez fértil camparia,
»Acá y allá con sus espumas baña.

LXXIX.

»El paso asedian, por el diestro lado
»Scíla, Caríbdis en la parte opuesta:
»Tres veces en su abismo exacerbado
»Las aguas con hervor se sorbe ésta,
»Y escúpelas al Cielo de contado;
»Mientras, de oscura cavidad repuesta
»Saca por tiempos la ancha boca aciaga
»Scíla entre escollos y los buques traga.

LXXX.

»Es humano su aspecto, y peregrino
»Le lava un seno de mujer la ola;
»Monstruo en el resto osténtase marino,
»Ventre de lobo y de delfín la cola.
»Doblar prefiere el cabo de Paquino
»En tarda vuelta, a ver una vez sola
»Al encorvado semipez horrendo,
»Con sus canes cerúleos y alto estruendo.

LXXXI.

»Tú, si fías de Heleno, ¡hijo de Dios!
»Si de Apolo el oráculo obedeces

»Que Heleno anuncia, aún óyeme: una cosa
»Te intimo y te encarezco una y mil veces:
»Que hábil de Juno triunfes poderosa
»Con votos y con dones y con preces:
»Triunfante has de ir, porque seguro vayas
»Las sículas dejando, a ítalas playas.

LXXXII.

»Verás, llegando a Cúmas, los sagrados
»Lagos, y Averno que entre bosques suena
»Y cantando una maga ocultos hados
»En hueca roca, de entusiasmo llena:
»Nombres ésta y caracteres grabados
»En hojas tiene; lo que grava ordena;
»Y el antro aquel las misteriosas notas
»Guarda, cada una en su lugar, inmotas.

LXXXIII.

»El orden luce en la mansión tranquila;
»Mas si gira la puerta, y cala el viento
»Y entre las hojas frágiles oscila,
»Que Caducas esparce con su aliento,
»Ni sus versos recuerda la Sibila,
»Ni a adornar torna el cóncavo aposento
»Con las reliquias; y si ansioso vino,
»Maldiciente se aleja el peregrino.

LXXXIV.

»Guarte no allí te asuste útil demora:
»Ten calma, aunque los tuyos te den prisa,
»Aunque el rumbo marcando bullidora
»Haga fuerza a los mástiles la brisa;
»Ten calma, y los oráculos implora,
»Acude a consultar la profetisa,

»Que persuadida de tus ruegos ella
»Cantará los semblantes de tu estrella.

LXXXV.

»Y los pueblos, y gentes venideras
»De Italia te dirá, guerras futuras;
»Y de llevar te enseñará maneras,
»O tal vez de eludir fatigas duras;
»Caminos te abrirá, si la veneras,
»Y prósperas hará tus aventuras
»No me es lícito más. Vé ahora, y constante,
»A Troya al Cielo tu virtud levante.»

LXXXVI.

»Tonos usando de, amistad suaves,
Así consejos dábame prudentes
El vate; y que llevasen a las naves
Mandó luego magníficos presentes:
Aureos adornos los hicieran graves
Y de elefante elaborados dientes:
Y de plata riquezas amontona,
Y vasos nos regala de Dodona.

LXXXVII.

»Y de triples metales fabricada
Y de anillos de oro guarnecida,
Una cota me da, y una celada
Con espléndido airon enriquecida,
De Pirro enantes armadura usada:
Ni dones él para mi padre olvida.
De caballos, de guías, de, remeros
Nos abastece y suministra aceros.

LXXXVIII.

»Manda mi padre que a zarpar se aliste
La escuadra al espirar del fresco viento;
Cuando el profeta a quien Apolo asiste
Háblale así. con obsequioso acento:
«¡Anquíses! ¡tú que digno hallado fuiste
»Del tálamo de Venus opulento!
» ¡Tú, objeto caro a la bondad divina,
»Salvo dos veces de común ruina!

LXXXIX.

» He ahí del mar Italia se levanta!
»¡Vé arrebatarla de tu flota al vuelo!...
»Ten; que allende, al olor de gloria tanta,
»Ha de rondar paciente vuestro anhelo;
»De Ausonia la región que Apolo canta,
»Aun lejos cae. ¡Te defienda el Cielo,
»Padre feliz por la filial ternura!
»Basta: ¡el Austro os convida, y ya murmura.»

XC.

»Andrómaca a su vez, banada en lloro,
Una ausencia eternal viendo cercana,
Ropas presenta, recamadas de oro
Y una clámide a Ascanio da troyana;
De ornadas telas de sutil tesoro
Empieza a desvolver la pompa ufana,
Y, «Guarda estas labores de mis manos,»
Dice, excusando cumplimientos vanos:

XCI.

»¡Acuérdete la veste que te ciño
»De Andrómaca el amor, de Héctor esposa!
» ¡Postrer don de los tuyos lleva, oh niño,
»Tú, única imagen de mi prenda hermosa!

»En ti me representa mi cariño
»Sus ojos, su ademan, su habla amorosa:
»Hoy podría vivir; hoy si viviera,
»A par contigo florecer le viera!»

XCII.

»¡Yo gimiendo les daba adioses tales
«¡Oh! ¡dichosos quedad, pues la fortuna
»Fijasteis! ¡Arrostramos temporales
»Nosotros: vos no hendeis ola importuna
»Ni a playas vais que os huyan desleales!
»La paz se os concedió. De un Janto y una
»Troya gozais que hicieron vuestras manos:
»¡Así auspicios la quepan más humanos!

XCIII.

¡Así los Griegos la atalayen menos!
»Si al Tíbre arribo y campos comarcanos
»Que hace del Tíbre la corriente amenos,
»Y alzo el muro que espero a mis Troyanos,
»Lacio y Epiro, de recuerdos llenos,
»Sólo una Troya compondrán hermanos:
»Tales el Cielo cumpla nuestros votos;
»Tal gocen nuestros nietos más rernotos!»

CXIV.

»De allí hacia los Ceraunios, desde donde
Puede a Italia pasarse sin fatiga,
Navegámos. En tanto, el sol se esconde,
Y la sombra los montes cubre amiga.
Ya en tierra, a qué remeros corresponde
Velar, hacemos que la suerte diga;
Solaz cobramos en orilla grata,
Y manso el sueño nuestros miembros ata.

XCIV.

»La noche aún no medíaba su carrera
De las horas llevada, y Palinuro
Ya se alza, y a la brisa más ligera,
Oídos tiende, entre el silencio oscuro:
De una ojeada al rodear la esfera,
Ve en paz los astros declinar; ve a Arturo,
Y las Híadas tristes y las Osas,
Y áureo con armas Orión lumbrosas.

XCVI.

»Visto en el cielo plácidas señales,
Nos dio la suya de hacia el mar sonora;
A cuya voz movemos los reales,
Y velas descogemos a la hora.
Hendíamos los líquidos cristales;
Rósea los astros ahuyentó la Aurora,
Y al teñir de su luz los horizontes,
He aquí avistamos nebulosos montes.

XCVII.

»Italia lejos honda aparecía;
«¡Italia!» Acátes exclamó el primero,
Y todos repitieron a porfía
El saludo de «¡Italia! placentero.
Colma Anquíses de vino, en su alegría,
Un alto vaso que adornó primero
De hojas festivas, y en la popa erguido
Con preces tales dominó el ruido:

XCVIII.

«¡Oh grandes Dioses de la mar y el suelo!
»¡Arbitros de los vientos! Dad que aprisa
»Avancen nuestras naves en su vuelo;

» ¡Merced hacednos de oportuna brisa! »
 Y el aura, anticipándose a su anhelo,
 Arreciaba amorosa. Se divisa
 Cercano arrimo; y de Minerva un templo
 En yerta cumbre descollar contemplo.

XCIX.

»El velámen cogiendo incontinente
 Damos fondo a las proras. Arqueado
 El puerto a impulsos de oriental corriente,
 Le oculta y ciñe natural vallado.
 Yertos escollos guárdanle de frente
 Que azota encanecido el mar salado;
 Y como a entrar el leño se aproxima,
 Semeja huir la consagrada cima.

C.

»Cuatro potros vi allí, primer agüero,
 Níveos rozando la menuda grama;
 A cuya vista, «¡Oh suelo forastero!
 »Tu hospedaje es de guerra,» Anquíses clama;
 « ¡Guerras ama el corcel; nuncio es guerrero!
 »Mas también el corcel los juegos ama;
 »Tiempo ha que, dócil copia, carros tira;
 »El presagio, a esta cuenta, paz respira.»

CI.

»Pálas, la diosa de armas resonantes,
 Fue, a quien gracias rendimos, la primera
 Que allí Troyanos hospedó triunfantes:
 Con la púrpura frigia, en su ribera,
 Cubrimos ante el ara los semblantes;
 Y, lo que Heleno tanto encareciera,
 Con pompa ritual a Juno argiva

Hicimos sacrificio y rogativa.

CII.

»Todo en orden cumplido, el mar convida;
 Torcemos la asta a la vestida entena,
 Y la costa dejamos, por guarida
 De aleves Griegos, de asechanzas llena,
 El golfo de Tarento vi enseguida;
 Fundo de Hércules ya, si no condena
 La verdad a la fama. Preeminente,
 Sacra Lacinia se aparece enfrente.

CIII.

»Y ya asoma Caulonia, y Scilaceo
 Que naufraga infamó reliquia tanta;
 Y ya el sículo Etna lejos veo
 Que, al parecer, de la onda se levanta;
 Y oigo roto en la playa el clamoreo
 Del mar que en peñas su furor quebranta;
 Enríscese la espuma, y el arena
 Arrebatada en remolino suena.

CIV.

»Y mi padre gritaba: «Ésta es, sin duda,
 »Caríbdis abismosa, y éstos, éstos
 »Los arrecifes, ¡amenaza aguda!
 »Que Heleno ya nos anunció funestos.
 »¡Ea! Cada uno con el remo acuda
 »Tanto riesgo a evitar! » Acuden prestos;
 Palinuro, el primero, a izquierda vira,
 Y gimiendo la proa en la onda gira.

CV.

»Y todos, a poder de brazo y viento,
 izquierda tuercen. Súbita oleada

Acércanos, erguida, al firmamento,
 Y luego a los abismos, aplanada.
 Se oye tres veces el hervor violento
 De la ríscosa cóncava morada,
 Y tres veces la espuma se alborota,
 Y una pluma del agua el aire azota.

CVI.

»El sol ya declinaba hacia su ocaso,
 El aura tenue falleciendo iba,
 E incierto el rumbo y el aliento escaso,
 Dimos de los Ciclopes en la riba.
 Sereno el puerto se dilata, y paso
 Niega a asaltos del mar la rada esquiva;
 Mas no lejos de allí con torva saña
 Etna ruge atronando la campaña.

CVII.

»Ya pez negra y cenizas albicantes
 Etna, en turbion de nubes, fuera bota,
 Y en globos que carcomen vacilantes
 El brillo sideral, incendios brota;
 Ya peñascos alanza fulminantes,
 Toscos fragmentos de su entraña rota,
 Y lava arracimada, a son de trueno,
 Y sordo hierve el cavernoso seno.

CVIII.

»Del rayo a medias calcinado, es fama
 Que Encélado padece en la honda sima:
 Deja a veces por grietas ver la llama
 Etna descomúnal sentado encima;
 Y cuando, preso en la insufrible cama,
 A ladearse el réprobo le anima,

Trinacria toda retemblar parece,
Y envuelto en humo el Cielo se oscurece.

CIX.

»Sobrecogidos de pavor pasámos
La noche bajo amago tan tremendo,
En hueca selva de tejidos ramos,
Ignorantes la causa del estruendo;
Que ni brillar un astro divisamos,
Ni el éter nos bañó, su luz cerniendo,
Mas la noche con sombras importuna
En triste nimbo arrebozó la luna.

CX.

»Ya se alzaba a anunciar un nuevo día
El matinal lucero en oriente,
Y ahuyentando tras él la niebla fra
Risueña el alba coloró el ambiente;
Cuando un bulto que humano parecía,
Cadavérico aspecto, aire doliente,
Saliendo de los bosques más cercanos,
Tiende a la playa las inermes manos.

CXI.

»Faz de dolor y gesto de gemido,
Ostentaba su rostro extenuado:
Grifos su barba; andrajos su vestido,
Con espinas sujeto de pescado.
Vuelta, el caso cruel mi gente vido,
Y quedó absorta. En lo demás, soldado
Haber sido de aquellos parecía
Que envió Grecia contra Troya un día.

CXII.

»Él, como arreos columbró troyanos,
Paróse, dando de terror señales;
Vuela luego a la orilla, y en insanos
Lloros prorumpe y en palabras tales:
«¡Por los Dioses del Cielo soberanos,
»Por esta santa luz y auras vitales,
»Oid, hijos de Troya, mi gemido:
»Arrancadme a esta playa; es cuanto pido.
CXIII.

»Yo la verdad confesaré de grado:
»Griego hice ya contra Ilion campaña:
»Si perdón no os merece mi pecado,
»Fin poner presto a adversidad tamaña.
»¡Ea! ¡heridme, matadme; destrozado
»Al mar lanzadme a sosegar su saña!
»Pues del hado el rigor quiere que muera,
»A manos de hombres moriré siquiera.»

CXIV.

»Habla, y nuestras rodillas adherido
Abraza, de rodillas derribado:
Movémosle a que diga su apellido,
Su linaje, y mudanzas de su estado.
Calló breves momentos, y dolido
Mi padre Anquíses, con benigno agrado
La diestra ilustre tiende al magro jóven,
Y añade muestras que el temor le roben.

CXV.

«Yo Aqueménides soy,» dijo sincero
El afán serenando que le aterra:
«Fui del mísero Ulíses compañero,
»A Itaca tuve por nativa tierra.
»Mi padre, escasa el arca de dinero,

»Me aventuró a los lances de la guerra:
Llamábase Adamasto. ¡Ah, siempre el hado
»Me mantuviese de mi padre al lado!

CXVI.

»Mientras huir de esta ímpia costa emprende
He aquí mi gente me dejó en olvido,
En un antro que lóbrego se extiende
De manjares sangrientos esparcido:
El antro de un Cíclope. El monstruo hiende
«Oh, qué monstruo cien veces maldecido!»
Las nubes, si la frente alza espantosa;
Y nadie hablarle ni aún mirarle osa.

CXVII.

»Crudos devora a cuantos tristes caza.
»Tendido en medio al antro donde espía,
»Con la mano feroz con que atenaza
»Asir dos de los nuestros vile un día:
»A golpe en un peñon los despedaza;
»El umbral de la sangre se mecía;
»Vi humor los miembros destilar, y ardiente
»Tremar la carne al dar diente con diente.

CXVIII.

»No tal Ulíses soportó; ni en ese
»Trance a su fama desmintió su pecho;
»Mas aguardó a que el monstruo se rindiese
»De manjares y vino satisfecho:
»Rindióse al fin, doblando el cuello, y fuése
»Adurmiendo en la cueva, su amplio lecho;
»Y su boca brotaba entre rumores,
»Trozos de vianda, y de licor vapores.

CXIX.

»A los Dioses llamando en nuestra ayuda,
»Sorteado el peligro, a un mismo instante
»Corremos en redor, y una asta aguda
»Clavamos en el ojo del gigante:
»Ojo, al metal que a Argivos combo escuda,
»O al gran disco de Febo semejante;
»Ojo único, bajo hosca ruga oculto;-
»Y así vengamos su brutal insulto.

CXX.

»¡Huid, tristes, huid! todo os conjura!
»Cortad los cables sin perder momento;
»Pues como ese, que agora por ventura
»Ordeña, consolando su tormento,
» Su grey lanosa en su caverna oscura,
»Como ese horrendo Polifemo, hay ciento,
»Y en magna procesión la prole infanda
»Ronda esta costa, y por los montes anda.

CXXI

»Ya por tercera vez brillar he visto
»Las fases de la luna renovadas,
»Desde que en esta soledad existo
»Y a las fieras disputo sus moradas.
»Cauto los monstruos de una peña avisto,
»Y su voz tiemblo y tiemblo sus pisadas;
»Y zonzas nutren mi existencia acerba
»Silvestres bayas y arrancada hierba.

CXXII.

»Vi llegar vuestra flota a esta ribera,
»Mientras miradas de ansiedad dirijo
»Cuan lejos logro; y fuese lo que fuera,

»PaIpitando volé de regocijo.
 »Ya, ya estoy libre de esta raza fiera:
 »¡Ahora matadme si quereis!» Tal dijo;
 Y ya un bulto, aún no bien de hablar acaba,
 En los vecinos montes descollaba.

CXXIII.

»Obeso Polifemo se movía
 En medio del lanífero ganado,
 Y a la usada ribera el paso guía:
 ¡Gran monstruo, informe, atroz, de luz privado!
 Hácnle sus ovejas compañía
 Consuelo solo de su adverso estado,
 Sírvle de bastón desnudo un pino,
 Y con resuelto pie cata el camino.

CXXIV.

»Llega a la playa de su ruta al cabo;
 Y al mar entrando, con sus ondas lava
 Del ojo, herido del ardiente clavo,
 La sangre que grumosa chorreaba.
 Crujir los dientes le hace el dolor bravo
 Que el mal renueva y el enojo agvava;
 Y más y más se interna en la agua, ésta
 Le moja apenas la cintura enhiesta.

CXXV.

»Temblando, y a par nuestro recibido
 El que, eso visto, la verdad decía,
 Las amarras soltamos sin ruido,
 Y el mar los remos barren a porfía.
 Sintió el gigante, y se volvió al sonido;
 Mas vio que con el brazo no podía
 Tocarnos ya, ni competir tampoco
 Con las jónicas ondas, de ira loco.

CXXVI.

»Gimió entonces: el ponto se estremece
Al inmenso clamor, el viento zumba;
Italia toda retemblar parece;
Etna en sus hornos cóncavos, retumba.
Y de montes y selvas se aparece,
Al son de alarma, la feroz balumba
De los otros Ciclopes, que se ordenan
En largas filas, y las playas llenan.

CXXVII.

»Yo los ví, yo, los étneos hermanos,
En pie, con sendos ojos imponentes,
¡Junta horrenda! mirándonos insanos,
Al cielo alzadas las soberbias frentes.
Tales inmóvil ostentan los ancianos
Cipreses y los robles eminentes
Cima piramidal o copa vana,
En los bosques de Jove o de Díana.

CXXVIII.

»Con el vivo,temor que nos aguija,
Al sacudir el cable, al dar la vela,
Torcemos a do el viento nos dirija,
Y a do el viento sopló, la nave vuela.
Mas porque no el azote nos aflija
Entre Scila y Caríbdis, que revela
La voz de Heleno, que a evitarlo exhorta,
Volver y el rumbo enderezar importa.

CXXIX

»Bóreas en tanto de la estrecha boca
De Peloro enviado, nos ampara.

El Pantágias pasamos, que entre roca
 Viva desagua; el seno de Megara,
 Y Tapso humilde. Nuestra quilla toca
 En sitios que Aqueménides declara;
 Que en rumbo inverso los corrió primero,
 Ya del mísero Ulíses compañero.

CXXX.

»Hay en el golfo siciliano, en frente
 Del undoso Plemirío, una isla bella,
 Y quiso ya la primitiva gente
 Con el nombre de Ortigia noble hacella.
 Fama es que Alfeo de Élide, latente
 Vino y errante bajo el mar a ella;
 Y ya unido, Aretusa! a,tus raudales
 Vuela ufano a los sículos cristales.

CXXXI.

»Habiendo allí los Númenes honrado.
 Y el campo atrás dejado peregrino
 Que el Heloro fecunda remansado,
 Los salientes peñascos de Paquino
 Raemos. Lejos aparece el vado
 Que un Dios vedó moviesen Camarino;
 Y el gran pueblo de Gela, y su campaña,
 A quien dio nombre el rio que lo baña.

CXXXII.

»Tierra de nobles potros afamada,
 Acragas enseguida se presenta,
 Y de lejos fijó nuestra mirada
 El ancho muro de que está opulenta.
 Selínos, la de palmas coronada,
 Ya atrás te quedas: la onda fraudulenta

Del rocalloso Lilibeo corto,
Y a Drépano ¡ay, llorosa playa! aporto.
CXXXIII.

»Tras tanto afán, en extranjero suelo,
El hado a Anquíses me robó tirano;
Era en mis penas mi único consuelo,
Él daba aliento a mi cansada mano.
¡Oh padre bondadoso! ¡oh acerbo duelo!
¡De cuántos riesgos escapaste en vano!
No me anunció, entre tanto mal, Heleno
Desgracia tal, ni la cruel Celeno!

CXXXIV.

»Meta de viajes, causa de gemidos
En Drópano encontré. De ahí del viento
Vinimos por el piélago impelidos,
Merced de un Dios, a vuestro ilustre asiento.»-
Tal sucesos del Cielo dirigidos
Narraba el héroe al auditorio atento,
Contratiempos, errores y peleas:
Calló, en fin, y descanso tomó Enéas.

LIBRO CUARTO.

I.
Herida en breve de dolencia aciaga,
Pábulo da la Reina en cada hora

Al placer mismo de enconar la llaga,
 Y de fuego secreto se devora:
 Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga
 El pensamiento, y de su voz sonora
 El eco, y de su faz guarda el trasunto;
 Y tregua el vivo afán no sufre un punto.

II.

Húmeda el alba sonrió, y el día
 Con luz roja entre nieblas despuntaba,
 Cuando a su amante hermana el paso guía
 Dido, y con ella así coloquio traba:
 «¿Qué sueño tentador, querida mía,
 El sueño fue que de agitarme acaba?
 Mas este huesped que tenemos, díme,
 ¿Cuál corazón habrá que no le estime?

III.

»¿Qué brío a su alma y brazo no acompaña?
 ¡Cuál se pinta en su frente su destino!
 Yo, si mis ojos la ilusión no engaña,
 Que descende de Dioses adivino;
 Pues torpe miedo que el semblante empaña,
 Siempre delata al corazón mezquino;
 Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
 ¡Qué de combates concluidos canta!

IV.

»Eterno, irrevocable es mi desvío
 De un nuevo enlace al criminal deseo;
 Que mi esperanza en flor y el amor mío,
 Yacen con las cenizas de Siqueo.
 Mas si a mis ojos sin fulgor sombrío

Pudiese arder la antorcha de Himeneo,
 ólo de este héroe la gentil presencia
 Capaz fuera a vencer mi resistencia.

V.

»Confesártelo quiero: desde el día
 Que el doméstico altar fue enrojecido,
 Por la venganza del hermano impía.
 Con la inocente sangre del marido,
 Sólo aqúeste extranjero a simpatía
 Ha logrado moverme, y su latido
 Volver al corazón, que ya se inflama;
 El calor siento de la extinta llama.

VI.

»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno
 La tierra; el padre del Olimpo santo
 Me precipite al retumbar del trueno
 En la mansión de noche eterna y llanto,
 Si es ¡oh pudor! que mi deber no lleno,
 Si tu sagrado código quebranto.
 Pues de todo mi amor hice a él promesa,
 Amar debo su sombra, honrar su huesa! »

VII.

Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,
 El seno amigo. Respondióle Ana:
 «Tú, a quien más amo que mi propia vida,
 Qué, ¿pasarás la juventud lozana
 Sin coger flores con que amor convida,
 Sin lograr frutos de que amor se ufana?
 ¿Piensas que de los vivos los cuidados
 Van el sueño a inquietar de los finados?»

